

COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE



EL PRÍNCIPE DURMIENTE

Edición de Berta Muñoz

Esta Edición forma parte del Proyecto de I+D **La comedia de posguerra: Teatro completo de Víctor Ruiz Iriarte (1945-1975)** (Proyecto MEC HUM-61754), dirigido por Víctor García Ruiz (Universidad de Navarra), y compuesto por los doctores Óscar Barrero Pérez (Universidad Autónoma de Madrid), Berta Muñoz Cáliz (Centro de Documentación Teatral), Juan Antonio Ríos Carratalá (Universidad de Alicante) y Gregorio Torres Nebrera (Universidad de Extremadura).

© Textos: Herederos de Víctor Ruiz Iriarte.

© Edición y notas de “El príncipe durmiente”:
Berta Muñoz Cáliz.

EL PRÍNCIPE DURMIENTE

COMEDIA EN DOS ACTOS, EL PRIMERO DIVIDIDO EN DOS CUADROS, Y EL SEGUNDO EN TRES,

original de TERENCE RATTIGAN

Traducida por DIEGO HURTADO

Adaptada por VÍCTOR RUIZ IRIARTE

Esta comedia se estrenó en el Teatro Club Recoletos de Madrid,
el 24 de mayo de 1957, con el siguiente REPARTO, por orden de aparición:

<i>Jaime Brook</i>	RICARDO LUCÍA
<i>Mary Morgan</i>	MARY CARRILLO
<i>Barón Trigirinsky</i>	AGUSTÍN POVEDANO
<i>S.A.R. el Regente</i>	ENRIQUE DIOSDADO
<i>S.M. el rey Nicolás VII</i>	MAURICIO LAPEÑA
<i>S.A.R. la Gran Duquesa</i>	AMELIA DE LA TORRE
<i>Doncella 1.^a</i>	JOSEFINA ROBEDA
<i>Doncella 2.^a</i>	BÁRBARA ORBIS
<i>La Condesa</i>	LUISA RODRIGO
<i>La Archiduquesa</i>	CARMEN SECO
<i>La Princesa</i>	GRACITA MORALES
<i>Lacayos</i>	JOSÉ LUIS ÁLVAREZ Y JOSÉ LUIS BUENO

Dirección: Manuel Benítez Sánchez-Cortés

Escenografía, figurines y ambientación: Álvaro J. Castellanos,
con la colaboración de José Enrique Paredes Jardiel

Melodía: *The Sleeping Prince*, interpretada al violín por Mauricio Lapeña

Decorado: Manuel López

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Un salón en la Legación de Eslovaquia,¹ en Londres. En primer término a la derecha y en primer término a la izquierda, puertas que dan paso a habitaciones interiores. Al fondo, una gran entrada. Un ventanal a la izquierda.

(No hay nadie en escena al levantarse al telón, pero todas las luces están encendidas. Unos segundos después, por la entrada del fondo, surge Jaime Brook, seguido de Mary Morgan. Jaime avanza, desenvuelto, y Mary queda en la entrada, mirándolo todo con muchísima curiosidad, francamente impresionada. Mary es una muchacha que viste un sencillísimo traje de noche y se cubre los hombros con un modesto abrigo. Jaime pertenece al Ministerio de Asuntos Exteriores, agregado por el Gobierno de Su Majestad Británica al séquito del Regente de Eslovaquia. Viste, naturalmente, de frac)

MARY.—*(Con los ojos muy abiertos, después de un silencio)* ¡Qué bonito! Pero qué bonito es esto...

JAIME.—*(Sonríe)* ¿Le gusta?

MARY.—¡Huy! Me chifla.

JAIME.—Lo celebro...

MARY.—Oiga... Para que yo me entere. *(Entra y avanza hacia Jaime)* Porque las cosas han pasado tan aprisa, que lo confundo todo. De manera que esta casa, quiero decir, este palacio, es la Embajada de Eslovaquia.

JAIME.—La Legación...

MARY.—La Legación. *(Transición)* Bueno, da igual. ¿No es eso?

JAIME.—¡Oh, no!

MARY.—¡Ah! ¿Quiere usted decir que Eslovaquia no es un país lo suficientemente importante como para tener en Londres una Embajada?

JAIME.—*(Sonríe)* Algo así...

MARY.—¡Ah, ya! Pues... ya ve usted: Eslovaquia, en el mapa parece grandísima...

1 País inexistente, que en la obra original de Rattigan y en la película de Laurence Olivier aparecía bajo el nombre de Carpathia.

JAIME.—¡Señorita! No se fíe del mapa. El mapa de Europa, por los Balcanes, siempre está expuesto a rectificaciones... Naturalmente, esto no quiere decir que yo trate de quitarle importancia a una nación amiga como Eslavia. No estuve nunca allí. Pero puedo asegurarle que después de Francia, Rusia y Alemania, Eslavia tiene el ejército más importante. Además...

(Mary, que durante las anteriores explicaciones de Jaime no ha dejado de curiosarlo todo con enorme atención, sin escucharle, le interrumpe)

MARY.—Oiga.

JAIME.—¿Qué?

MARY.—¿Puedo sentarme en ese sofá?

JAIME.—Por mi parte...

(Mary, casi de un salto, se sienta en el sofá. Se hunde entre los cojines, acaricia la tela con voluptuosidad. Sonríe)

MARY.—¡Qué bien! ¡Ay! Me encantan los sofás. Si yo fuera rica, tendría la casa llena de sofás. Grandes, pequeñitos, rojos, azules, amarillos, blancos, con florecitas... De todas clases. Una vez, hace dos años, estrenamos una revista preciosa, preciosa. El cuadro más bonito de todos era uno en el que yo aparecía sentada en un sofá... Era un sofá enorme. Yo llevaba un sombrero estupendo cargado frutas. Y un vestido negro con las faldas por aquí...

JAIME.—*(Ingenuo)* A ver...

MARY.—A ver, ¿el qué?

JAIME.—No, nada.

MARY.—Era el cuadro que más me gustaba.

JAIME.—*(Un suspiro. Sinceramente)* Lo creo.

MARY.—¿Y sabe usted por qué? ¡Por el sofá!

JAIME.—¡No me diga!

MARY.—Era divino. Azul. Con muchísimas florecitas blancas de lis... *(Una viva transición. Vuelve a mirar en torno)* ¡Maravilloso!

JAIME.—*(Sonríe)* ¿Puedo saber qué es lo que le parece maravilloso, señorita Morgan?

MARY.—Todo esto. Esta casa, estos muebles, estas flores, estas alfombras, estas luces... Este lujo. Es un sueño. *(Transición)* Oiga, ¿cuál es su habitación?

JAIME.—¿Mi habitación? Pero si yo no vivo aquí...

MARY.—¡Ah! ¿No?

JAIME.—Claro que no... Yo soy un funcionario del Ministerio inglés de Negocios Extranjeros, agregado al séquito del Gran Duque de Eslovaquia. A todos los reyes y príncipes extranjeros que asisten a la coronación nuestro Gobierno les ha designado un diplomático para que les acompañe durante su estancia en Londres. En mi caso, la designación estaba clarísima. Yo soy, en Negocios Extranjeros, el jefe del Departamento de Asuntos Balcánicos...

MARY.—(*Mirándole afectuosamente*) ¡Pobre!

JAIME.—¿Cómo?

MARY.—Lo que debe usted sufrir con todo eso...

JAIME.—Pero, señorita...

MARY.—Venga, venga usted aquí; siéntese conmigo sin ceremonias, que yo soy muy campechana. Y olvídense de los Balcanes, pobrecito. Vamos a ver: quiero que me explique usted unas cuantas cosas. Usted ha venido a buscarme al teatro y me ha traído una invitación para cenar esta noche en la Legación de Eslovaquia... Pero yo estoy convencida de que aquí debe de haber una equivocación...

JAIME.—En absoluto. ¿No es usted miss Mary Morgan, de la compañía de revistas del Teatro de París?

MARY.—¡Esa!

JAIME.—Pues, entonces, créame, señorita, no hay error posible...

MARY.—¡Ah! (*Se calla. Le mira. Mira en torno*) Oiga. ¿Y cuántas personas vendrán a esta cena, aparte de Su Majestad?

JAIME.—¿Ha dicho usted Su Majestad?

MARY.—¡Claro!

JAIME.—¡Señorita! Antes de que llegue el Regente, debo darle ciertas instrucciones respecto al protocolo...

MARY.—Ande, ande, despáchese a su gusto. Me encanta el protocolo.

JAIME.—(*La mira. Suspira*) En primer lugar, el Gran Duque no es el Rey de Eslovaquia. Es solo el Regente.

MARY.—Bueno. Pero manda más que nadie. ¿No es así? Pues para el caso... Majestad.

JAIME.—(*Traga saliva*) Escuche. El Gran Duque era príncipe en Hungría y se casó con la Reina viuda de Eslovaquia. Y mientras vivió la Reina tuvo el título y todas las prerrogativas de Príncipe consorte. Después murió la Reina, y durante la minoría de edad de su hijo Nicolás, el Gran Duque viudo gobierna Eslovaquia con el título de Regente. Tiene tratamiento de Alteza Real...

MARY.—Viudo. Pero si yo creí que vivía su mujer...

JAIME.—Y vive. Es otra. Está casado en segundas nupcias.

MARY.—¡Ah, vamos! ¿Y su mujer es Reina o Regente?

JAIME.—¡Señorita, por Dios! Ni Reina ni Regente. Está clarísimo.

MARY.—¿De veras?

JAIME.—¡Claro!

MARY.—No, si ya me hago cargo. Lo que pasa es que así, de momento...

JAIME.—En fin, de todas formas, no es necesario que se caliente usted la cabeza con estas cosas tan enredosas de primogenituras, sucesiones, ley sálica, etcétera, etcétera. Lo que tiene usted que recordar es que al Gran Duque se le llama Alteza Real o Señor. Y a su mujer, Alteza Imperial y Real o Señora.

MARY.—Espere, espere. (*Con apuro*) Alteza Real e Imperial. Y todo eso, ¿por qué?

JAIME.—¡Señorita! Es muy complicado de explicar. Todo viene del Sacro Imperio Romano...

MARY.—¡Toma!

JAIME.—Además, es una sobrina del Emperador Francisco José. Y Austria no admite bromas. Bueno, en realidad, en estos momentos de tensión internacional, nadie admite bromas. Cualquiera malentendido puede provocar un desastre... ¡Ah! Por cierto: si en algún momento durante la velada se encuentra usted con el Rey...

MARY.—¿Qué Rey?

JAIME.—Nicolás. El joven Rey de Eslovenia... Casi un niño. Pero llámele Majestad. ¿Se acordará?

MARY.—Claro que me acordaré... Es muy fácil. (*Haciendo memoria*) Al uno, Señor. A la otra, Alteza Imperial y Real Señora, por el Sacro Imperio Romano y por el Emperador. Y al chiquitín...

JAIME.—(*Casi en un estremecimiento*) ¡No! Por favor, no llame chiquitín a Su Majestad.

MARY.—(*Un suspiro*) ¡Qué lío! (*Mary, en el sofá, francamente impresionada, se encoge un poquito. Mas luego, como respondiendo a un pensamiento, se yergue de pronto*) Oiga usted, ¿dónde están los otros invitados?

JAIME.—(*Como cogido «in fraganti»*) ¿Los otros?

MARY.—¡Sí! Los otros.

JAIME.—(*Un poco confuso*) No lo sé. Quizá no hayan llegado todavía...

MARY.—¡Ah! (*Un silencio. Piensa. Y casi para sí misma*) Lo que no comprenderé nunca es por qué Su Alteza Real, el Regente de Eslovenia, me ha invitado a cenar esta noche, entre tantas damas y caballeros importantes como vendrán. A mí, a una pobre chica...

JAIME.—(*Vagamente*) No tiene nada de extraordinario... Su Alteza Real, que gobierna su país con cierta tiranía, por lo menos desde el punto de vista británico, cuando sale al extranjero, se siente muy demócrata y tiene una

gran simpatía por las clases populares. El Regente se fijó en usted la otra noche, cuando estuvo en el teatro. Esto es todo...

MARY.—¿Y por qué se fijó en mí si casi no se me distingue entre las sesenta chicas del conjunto?

JAIME.—(*Mirándola con ojo crítico*) ¡Pchs! Por lo visto, el Regente es un experto...

MARY.—Escúcheme. ¿No se habrá usted equivocado al traerme aquí esta noche? ¿No será a Lucy Martín, la primera actriz, a quien el Regente ha querido invitar? Creo que son viejos amigos. Por lo menos ella cuenta unas cosas que la ponen a una colorada... Y se da una importancia...

JAIME.—¿Eso es cierto?

MARY.—Sí, sí...

JAIME.—¡Qué barbaridad! (*Un suspiro*) Por lo visto, el Regente no descansa... Pero no. Lucy Martín no tiene nada que ver en esto. Puede estar bien segura de que la invitada por Su Alteza Real es usted, señorita Morgan.

MARY.—¡Ah! Entonces, esperaremos. (*Se encoge de nuevo. Otro silencio, como antes*) Cuánto tarda en salir el Regente, ¿verdad?

JAIME.—Creo que tenía una comida en el Ministerio de Negocios Extranjeros...

MARY.—¡Ay! ¿Y va a volver a cenar otra vez?

JAIME.—¡Señorita! Se trata de un Rey balcánico.

(En este momento se entreabre la puerta del fondo, y por la abertura asoma el solemnísimo rostro, casi venerable, del Barón Trigririnsky. Es el mayordomo de Su Alteza Real el Regente. Ignorando soberanamente la presencia de Mary, dirige a Jaime una mirada de inteligencia)

TRIGIRINSKY.—¿Ya?

JAIME.—Ya.

(Desaparece Trigririnsky. Mary, que ha observado atónita el juego anterior, se vuelve hacia Jaime)

MARY.—¿Qué?

JAIME.—(*Mundano*) Pche...

(Jaime marcha hacia la izquierda, donde, muy atento, se embebe en la contemplación de un cuadro. Mary le observa, muy intrigada. Y se abre de par en par la puerta del fondo. Precedidos por el Barón Trigririnsky, completamente en funciones, más

solemne que nunca, dos Camareros, uniformados de calzón corto, transportan una mesa para dos personas, ya dispuesta con dos cubiertos, que colocan en el centro del escenario, hacia la izquierda. Un tercer Camarero aparece, portador de un enorme centro con flores, que coloca en el centro de la mesa. Y un cuarto Servidor lleva un gran cubo de plata con dos botellas de champán, que posa sobre una mesita delante del sofá. Todos se mueven con gran solemnidad, bajo la mirada vigilante del Barón. Cuando terminan su quehacer, los Camareros se sitúan en el fondo, en fila, saludan y desaparecen, también en fila, por el fondo. El Barón Trigirinsky eleva los ojos al cielo y exclama, muy serio)

TRIGIRINSKY.—El Regente está servido... Buenas noches.

(Se inclina ante un personaje inexistente y sale por el fondo, cerrando las puertas tras de sí. Mary, que, en primer término a la derecha, ha contemplado atónita el desarrollo de la escena anterior, tiene los ojos clavados en la mesa de dos cubiertos. Avanza unos pasitos hacia la mesa, sin dejar de mirarla fijamente)

MARY.—Dos cubiertos...

JAIME.—(Azoradísimo) Señorita...

MARY.—Conque dos cubiertos... (Poco a poco, reflejando en su rostro la transición que va del estupor a la furia, se vuelve en jarras hacia Jaime y lanza indignadísima) ¡Sinvergüenza!

JAIME.—¡Señorita!

MARY.—Conque jefe de los Asuntos Balcánicos, ¿eh? No, hombre. Lo que usted es es otra cosa...

JAIME.—Pero, señorita...

MARY.—¡No se acerque! ¡No me toque! Fresco, más que fresco...

(Y, muy decidida, va hacia el sofá, toma su abrigo, se envuelve en él y marcha, resuelta, hacia el fondo)

JAIME.—¡No! ¡No se vaya! Espere...

MARY.—¡Déjeme! Conque una cena en la Legación con invitados y todo lo demás. ¡Mentira! La verdad era esta. Una entrevista con el Regente a solas en un salón con las puertas cerradas, una mesa para dos, el champán, las flores y

un sofá... Pero, Dios mío, ¿cómo no me he dado cuenta al ver el sofá? Si no hay más que verlo. Si parece que está hablando...

JAIME.—Por favor... No grite. Yo le explicaré.

MARY.—Cállese usted. *(Con un supremo insulto)* ¡Diplomático!

JAIME.—*(Dolidísimo)* ¡Oh!

MARY.—¿O es que cree usted que es la primera vez que me pasa algo de esto? Me conozco bien el programa de estas cenas de dos, a las que un gran señor, un embajador o un banquero invita a una pobre chica. ¿Quiere que le diga cómo pasa todo? Primero un beso en la mano, para que se haga la ilusión de que es una gran señora. Luego, siempre, la misma pregunta: «¿Tiene usted familia, querida?». Después una copa de champán... Luego, a comer. El gran señor no tiene apetito. La pobre chica se lo come todo. Después el café... Otra copa de champán. La pobre chica se marea un poquito. El gran señor le dice: «¿Por qué no se echa usted en el sofá y descansa?». ¿Se da usted cuenta? Ya empieza a funcionar el sofá. La chica se echa, porque la pobrecilla se cae de sueño. El caballero se sienta a su lado y le acaricia un pie... Muy despacito, le quita un zapato y dice: «¡Qué pie tan bonito tienes!». Oiga usted: la última vez que me pasó todo eso le di un puntapié en la cara al caballero y le rompí dos dientes...

JAIME.—¡Qué barbaridad!

(Mary, en una explosión de furia, rompe a llorar, apoyada en la jamba de la entrada)

MARY.—Pero ¡Dios mío!, ¿por qué la confunden a una? ¿Es que no se puede trabajar de corista en una revista y ser tan decente como la primera?

(Y solloza. Un silencio. Jaime se acerca con otra voz, casi dulcemente)

JAIME.—Señorita Morgan...

MARY.—*(Furiosa)* ¡Lárguese!...

JAIME.—*(Sonriendo)* Mary...

(Mary deja de llorar; casi sin moverse, sorprendida por el tono de Jaime, vuelve a él los ojos llorosos)

MARY.—*(Bajito)* ¿Qué?

JAIME.—¿Y si yo le pidiera que se quedara?

MARY.—Ni una palabra más. Me voy ahora mismo. Dígale al Regente cualquier cosa. Que mi tía está enferma. Eso es.

JAIME.—Un poco de paciencia, por favor. No podemos hacer que el Regente monte en cólera. Usted no sabe a dónde puede llegar un príncipe balcánico cuando se enfada. Es posible que el Regente esta misma noche tenga que tomar resoluciones que afecten a la paz. Y si las toma de mal humor, no sé a dónde iremos a parar. Quizá a la guerra. Señorita Morgan: la paz de Europa depende de usted...

MARY.—(*Suspensa*) ¿De veras?

JAIME.—(*Gravemente*) Sí.

MARY.—(*Una transición*) Pues como si no... Me marchó. ¡Y a la guerra!

JAIME.—¡Espere!

(*Mary se detiene, ya a punto de abrir las puertas del fondo*)

JAIME.—Mary... ¿Y si yo le prometo que esta entrevista de dos, esta cena de usted y el Regente se desarrollará sin ningún peligro para usted?

MARY.—¿Cómo puede usted prometerme eso?

JAIME.—Muy sencillo. Usted cena con el Regente. Ya verá, es un hombre encantador, con una conversación encantadora. Y después de la cena, cuando llegue ese momento que usted teme...

MARY.—¿Cuando me quite el zapato?

JAIME.—Bueno, cuando se quite el zapato. Entonces entro yo, para decirle que su pobre tía se está muriendo y tiene usted que marchar... ¿Qué le parece? (*Mary baja la cabeza y piensa*) Mary, por favor. Por la paz de Europa. ¡Se lo pide Inglaterra!

MARY.—¡Hombre, si me lo pide el Imperio Británico!...

JAIME.—¡Gracias!

MARY.—Pero ¿cuánto tiempo tardará usted en entrar?

JAIME.—Pues... Una hora. ¿Le parece?

MARY.—Bueno... En una hora no hay tiempo para nada, por mucha prisa que tenga el Regente. ¿Palabra de honor?

JAIME.—Palabra de honor.

MARY.—Está bien. Pero si al cabo de esa hora no entra usted... ¡El puntapié!

JAIME.—¡Oh!

MARY.—(*De pronto*) ¡¡Ayyy!!

JAIME.—¿Qué?

MARY.—¿Es ese?

(En la puerta del fondo aparece el Regente, precedido del Mayordomo. El Regente viste de frac y lleva el pecho abrumadoramente cargado de condecoraciones. Una carterita de papeles en la mano)

REGENTE.—Buenas noches, señorita. Ha sido usted muy amable viniendo aquí esta noche... *(Mary, que ha retrocedido, se inclina, mirándole fijamente, muy asustada)* ¡Hola, Brook!

JAIME.—Buenas noches, Alteza...

REGENTE.—He llegado un poco tarde. Lo siento. No ha sido mía la culpa. ¡Cómo está el centro de Londres! No se puede circular. Gracias por todo, Brook. Puede usted retirarse. Mañana tenemos un día muy movido...

JAIME.—Sí, Alteza...

REGENTE.—La carroza vendrá a buscarnos a las nueve para llevarnos a la Abadía. Le espero a usted a las ocho y media.

JAIME.—Sí, Alteza. Buenas noches, Alteza...

(Saluda profundamente. Va hacia el fondo. Luego, dirige a Mary, que se ha refugiado en un rincón, una mirada suplicante. Mary, involuntariamente, da un paso hacia él. Luego se detiene. Jaime, desde la puerta, vuelve a inclinarse ante el Regente, que está en primer término, frente al público, y sale definitivamente. El Mayordomo, silenciosamente, va hacia Mary y la despoja del abrigo que le cubre los hombros. Con el abrigo, el Mayordomo desaparece por la puerta de la izquierda. Mary está en un rincón, con los ojos clavados en el Regente y llena de susto. Este, que ha estado ocupado examinando unos papeles de su cartera, se vuelve hacia Mary y la mira, un poco sorprendido por su actitud. Mary, bajo la mirada del Regente, se asusta todavía más. Una pausa)

MARY.—*(Involuntariamente)* ¡Hola!

REGENTE.—¿Cómo?

MARY.—No... Nada.

(El Regente vuelve a sus papeles. Por la izquierda, vuelve el Mayordomo. Saluda profundamente)

MAYORDOMO.—La cena está dispuesta, Alteza.

REGENTE.—*(Distraidísimo)* Está bien.

MAYORDOMO.—Sí, Alteza...

(El Mayordomo saluda ceremoniosamente y sale por el fondo. Quedan solos Mary y el Regente. Él sigue repasando papeles. Un silencio. El Regente habla sin mirarla, pero muy amable)

REGENTE.—¿Está usted contenta?

MARY.—¡Huy! ¡Que si estoy contenta!...

REGENTE.—Me alegro. Me alegro muchísimo. Las muchachas tristes, de temperamento dramático, lo estropean todo y se ponen muy pesadas... Por eso, en estas ocasiones, siempre hago la misma pregunta, ¿sabe? No me gusta perder el tiempo.

MARY.—*(Retrocede, más asustada)* ¡Ay, Dios mío!

REGENTE.—*(Vuelve la cabeza, muy indiferente)* ¿Decía usted?

MARY.—¡Nada!

REGENTE.—Ya.

(Vuelve a sus papeles. Mary, aterrada, siempre mirándole fijamente, da un paso hacia él)

MARY.—Oiga usted..., Alteza.

REGENTE.—*(Distraidísimo)* ¿Qué?

MARY.—¿De veras soy yo la que Su Alteza ha mandado llamar? ¿No habrá una confusión con Lucy Martín?

REGENTE.—¿Lucy Martín? ¡Oh, no! Aquello pasó... *(Sonríe)* ¿Ve usted? Lucy era precisamente de las de temperamento dramático... Insoportable.

MARY.—¡Qué barbaridad!

(Se abren las puertas del fondo y aparece el Mayordomo, precediendo a los Camareros, que arrastran una mesita con ruedas, en la que están las viandas. Mary se lanza a la mesa, dispuesta a empezar a cenar; pero el Mayordomo, con un gesto severo, le indica que todavía no puede sentarse. Mary se contiene y vuelve a su refugio del fondo. El Mayordomo y los Camareros desaparecen en silencio. Quedan otra vez solos Mary y el Regente. Un silencio. El Regente, que no ha vuelto la cabeza ni un solo instante, cierra su carterita, se pone en pie, se vuelve despacio, la mira, sonrío afablemente y da un paso hacia ella. Mary, aterrada, retrocede otro poquito)

MARY.—(*Entre dientes*) ¡Ya! ¡Ya está!

(*El Regente avanza. Llega hasta Mary, sonrío. La mira de arriba abajo. Ella se ruboriza. Él la toma una mano y se la besa*)

REGENTE.—¡Je! ¡Qué mano tan encantadora! Vamos a ver. ¿Tiene usted familia, querida?

MARY.—(*En un grito*) ¡Ayyy! ¡Ay, Dios mío!

REGENTE.—¿Le sucede algo?

MARY.—No, señor. Es que siempre que me mientan la familia me pongo muy nerviosa...

REGENTE.—¡Ah, bien! Comprendo, comprendo...

(*Muy comprensivo, marcha hacia la mesa*)

MARY.—Ahora me dará usted una copa de champán, ¿verdad?

REGENTE.—¡No! Champán, no. ¡Vodka!

MARY.—¡Ah! Los Balcanes...

REGENTE.—¿Le gusta?

MARY.—No lo sé. No lo he tomado nunca.

REGENTE.—Beba. (*Le ofrece una copa*) A su salud.

MARY.—Bueno... (*Beben. Mary casi se atraganta. Es fortísimo*) ¡Hum!

REGENTE.—(*Dolido*) ¡No, no, no!... Por favor. El vodka no se toma así, poco a poco. Hay que beberlo de un sorbo. Sabe mejor y no se sube a la cabeza.

MARY.—¡Ah! (*Obedece, impresionada*) ¡Pues es verdad!...

REGENTE.—Beba más. Esto no le hace daño a un niño. (*Brindando*) ¡Chin-chin!

MARY.—(*Obediente*) ¡Chin-chin! (*Bebe*) ¡Uf!

(*Y se estremece convulsivamente. El Regente se vuelve muy solícito*)

REGENTE.—¿Qué ocurre?

MARY.—¡Que me estoy achicharrando!

REGENTE.—¡Oh! ¡Cómo lo siento! Entonces, ¡a comer! ¿Tiene usted apetito?

MARY.—¡Huy! ¡Me muero de hambre!

REGENTE.—Pues vaya usted comiendo.

MARY.—(*Atónita*) ¿Cómo?

REGENTE.—Yo ya he cenado. Mientras, trataré de resolver cosas urgentes.

(Muy decidido, se ha sentado lejos y ha abierto su carterita, de donde de nuevo comienza a sacar papeles y papeles. Mary le mira atónita, con los ojos muy abiertos)

MARY.—Pero ¿es que voy a comer yo sola?

(El Regente, embebido en la lectura de un documento, casi no la ha oído; vuelve la cabeza, indiferente)

REGENTE.—¿Qué dice?

MARY.—Nada... No digo nada.

REGENTE.—¡Je!

MARY.—¡Je!

(El Regente se abisma de nuevo en sus papeles. Mary, de pronto, se lanza a la mesa y comienza a comer con verdadero entusiasmo, tomando de varios platos a la vez. Un silencio muy largo. Al cabo, el Regente, sin mirarla, pregunta, condescendiente)

REGENTE.—¿Se divierte usted?

MARY.—*(Con la boca llena)* ¡Hum! Me divierto muchísimo.

REGENTE.—Lo celebro. Mi mayor deseo es que esta sea para usted una noche inolvidable. *(Distraidísimo. Mary dice que sí con la cabeza y sigue comiendo. El Regente hace unas apuntaciones. Un silencio. Mary come incansablemente. Ahora el Regente se vuelve, la mira, como si la encontrara allí por casualidad y sonrío, muy afectuoso)* Coma, coma... *(Mary hace gestos de que no puede contestar, porque tiene la boca llena. Pero el Regente no lo percibe, porque ya ha vuelto la cabeza. De pronto, muy decidido, marca un número en el teléfono. Mary sigue comiendo y bebiendo)* ¡Oiga! Póngame con el Ministro. No importa. ¡Que se despierte! ¡Hola, Procopieff! ¿Dormía usted, querido? Lo siento... Espáblese, Procopieff, y escuche. La crisis se agudiza. He estado más de una hora hablando con sir Edward, y, no hay duda, la detención de Rokovski tiene revueltas a las chancillerías. Que si los derechos del hombre, que si... ¡Qué sé yo!... Todas esas cosas de la Europa Occidental. ¡Claro, Procopieff, claro que puede usted hablarme con toda libertad! Estoy completamente solo. *(Mary, que sigue comiendo, pega un puñetazo en la mesa, como protestando. Pero el Regente no se entera y sigue hablando)* Ya le he explicado a sir Edward la situación. Le he dicho que si yo no hubiera mandado detener a Rokovski, no hubiera tenido más remedio que convocar elecciones generales, y las

hubiéramos perdido, porque las hubiera ganado Rokovski que es el jefe de la oposición. Y, claro, en este caso, ¿qué hace un gobernante? Todo menos perder las elecciones. Además, no podemos olvidar que si Rokovski hubiera ganado las elecciones, la alianza con Francia no se hubiera llegado a efectuar, y a la vuelta de un año, Eslavia se hubiera aliado con Alemania y Guillermo nos hubiera obligado a entrar en el pacto de Marruecos. *(Escucha)* Sí, ya sé... En el fondo, lo que le pasa a sir Edward es que se preocupa por lo que dirán los estúpidos americanos... *(Mary, que sigue comiendo incansablemente, al oír esto se pone en pie, casi de un brinco)* Y lo comprendo. Los americanos, como siempre, empezarán a aburrirnos con su libertad, su democracia y demás monsergas. Ya sabe usted lo infantiles que se ponen con todas estas cosas. En fin, por mí, que digan lo que quieran. Los americanos son como niños, que no tienen idea de nada, de nada... Claro, claro que los ingleses son más listos. También los ingleses han protestado; pero después de que estaba Rokovski en la cárcel y no podía ganar las elecciones. En fin, el caso es que la protesta americana ha salido ya en todos los periódicos de la mañana. ¡Oh! ¡Cuándo acabarán de hacerse hombres esos idiotas!... *(Cuelga bruscamente el auricular. Queda abstraído por un momento mirando hacia el público. Luego, como si cayera de una nube, se vuelve a Mary, muy condescendiente)* Bueno, bueno, bueno... ¿Todo va bien?

MARY.—*(Furiosa)* ¡¡Todo!!

REGENTE.—*(Complacido)* ¡Cuánto me alegro!

(Mary, que ha llenado dos copas de champán, brinda de pronto, casi con furia)

MARY.—¡Por los idiotas!

REGENTE.—¿Qué?

MARY.—¡Por los estúpidos americanos! ¡Por los niños!

REGENTE.—¡Hola! ¿Los conoce usted bien?

MARY.—¡Huy! ¡Muchísimo! ¡Soy americana!

REGENTE.—*(Como pensando en otra cosa)* ¡Ah! ¿Es usted americana?

MARY.—*(Indignada)* ¡¡Sí!!

REGENTE.—¡Caramba, caramba!... *(De pronto)* Perdóneme.

MARY.—*(Apaciguándose)* ¡Ah! ¿Me pide usted perdón?

REGENTE.—Sí. Ahora me acuerdo de que tengo que telefonar al Embajador de Francia... *(Y, muy decidido, olvidándose de Mary, marca un número en el teléfono)* ¡Oiga, oiga!...

(Mientras, Mary, que ha reaccionado y nuevamente está furiosísima, le pega un puntapié a una silla y alza su copa y brinda enérgicamente)

MARY.—¡Por el Presidente Taff! ¡Por el Estado de Virginia! ¡Por los campeones de béisbol! ¡Por los vaqueros de Texas! ¡Por los negros del Sur! ¡Por la libertad! ¡Por la democracia! ¡Por los Estados Unidos de Norteamérica! ¡Viva Rokovski!

(Fatigadísima por el esfuerzo, se bebe la copa de un trago y se deja en un sillón. El Regente, atento al teléfono, ni se ha enterado)

REGENTE.—¡Oiga, oiga!... ¿Es que no me oye? Póngame con el Embajador de Francia. ¡Ah! ¿Tiene una recepción? Está bien. No le moleste. Llamaré más tarde.

(Cuelga y se abstrae en sus pensamientos. Mary mientras, en un sillón, habla como si se dirigiera a un ser imaginario)

MARY.—¿Un poco de champán, señorita Morgan? ¡Vamos, no sea niña! Beba usted. ¡Es usted tan bonita, tan bonita!... Cuando la vi en el teatro la otra noche, pensé que no podría vivir sin usted. Por eso, ¿me comprende, querida Mary, pequeña mía, amor mío? Por eso la he llamado a usted. Esta noche, mi vida, es la noche más hermosa de todas las noches... Tú, querida mía, tú...

(De pronto el Regente se desprende de su abstracción y vuelve la cabeza distraídamente)

REGENTE.—¿Qué hace?

MARY.—¡Nada! No hago nada. Soñaba.

(El Regente toma una copa, que se llevó con él, y brinda amablemente)

REGENTE.—¡Chin-chin!

MARY.—¡Chin-chin! ¡Maldita sea!

(Y bebe, indignada. De pronto, ábrese con fuerza la puerta del fondo y surge impetuosamente el Rey Nicolás. Es un adolescente, que viste pijama, zapatillas y bata)

NICOLÁS.—¡Papá! ¿Puedo saber por qué no se me ha informado de la detención de Rokovski?

REGENTE.—Mira, niño...

NICOLÁS.—¡Papá! ¡Soy el Rey!

REGENTE.—Majestad...

NICOLÁS.—¿Qué?

REGENTE.—A la cama.

NICOLÁS.—¡No me da la gana!

REGENTE.—¡Niño!!

NICOLÁS.—¡He dicho que soy el Rey! Tengo derecho a saber las decisiones que se toman en el Gobierno de mi país. No quiero enterarme por los periódicos. ¡Papá! ¿Por qué se ha detenido a Rokovski?

REGENTE.—No había por qué informarte de mi decisión.

NICOLÁS.—¡Ah! ¿Conque no había por qué informar al Rey?...

REGENTE.—¡Nicolás!! Te ruego que te conduzcas como es debido. No estamos solos. Permíteme que te presente a la señorita Mary Morgan...

(Mary se inclina ante Nicolás y este se vuelve hacia ella, muy amable y muy fino)

NICOLÁS.—Buenas noches, señorita Morgan. ¿Cómo está usted? ¿Ha venido usted a cenar con papá? Me alegro. Me alegro mucho. ¿Trabaja usted en la revista?

MARY.—Sí.

NICOLÁS.—Me lo figuraba. La última que trajo papá a cenar era del circo. Pero usted me gusta más... Siéntese, señorita, por favor. *(Y en una transición se vuelve de nuevo hacia su padre)* ¡Papá! ¡Es intolerable que el jefe de la oposición sea encarcelado y el Rey sea el último en enterarse!

REGENTE.—¡Ejem!... De acuerdo, querido hijo. Tienes derecho a saberlo todo. Pero date cuenta de las circunstancias. No hemos podido decirte nada porque te habías encerrado en tu habitación a jugar con el mecano..., y todos sabemos que cuando estás con el mecano no te gusta perder el tiempo en tonterías.

NICOLÁS.—¡Pretextos! ¿Quién ha dado esa orden de detener a Rokovski?

REGENTE.—Yo.

NICOLÁS.—¿Sí, eh? ¡Pues revócala ahora mismo!...

REGENTE.—¡Ejem!... *(Y comienza a pasear lentamente con las manos cruzadas a la espalda, en actitud de profunda meditación)* Mi querido hijo... Lamento tener que recordarte que hasta dentro de ocho meses no tengo por qué recibir tus órdenes.

NICOLÁS.—¡Oh!

REGENTE.—Reconozco, sin embargo, que lo correcto sería darte cuenta de mis decisiones... No siempre es posible. A veces hay que obrar con rapidez. Concretamente, en el caso de la detención de Rokovski...

NICOLÁS.—¡Basta, papá! La detención de Rokovski es una atrocidad. El pueblo de Eslovenia se rebelará. Todo antes que verse arrastrado a una guerra, empujado por el imperialismo inglés y la rapacidad francesa...

(El Regente, que en este momento está junto a Mary, se vuelve hacia ella, confidencial. Por Nicolás)

REGENTE.—Es germanófilo, ¿sabe? *(Una transición. Da unos pasos. Con otro tono)*
¡Nicolás! De momento, yo soy el Regente de Eslovenia, y, por tanto, el único que manda. Hasta que tú seas Rey, el jefe soy yo. Con que, Majestad, a dormir...

NICOLÁS.—¡No quiero!

REGENTE.—*(Pacientemente)* ¡Majestad, Majestad!...

(El Rey marcha, furioso, hasta el fondo; pero antes de salir se vuelve)

NICOLÁS.—¿Dónde está ahora el tío Guillermo? ¿En Potsdam?

REGENTE.—No lo sé. Pero el Rey de Inglaterra está más cerca de nosotros que el Emperador de Alemania. Si quieres, puedo darte su teléfono. Westminster 832...

(Nicolás mira a su padre de arriba abajo, indignadísimo, y vuelve a salir, disparado, hacia el fondo; pero ya en la puerta, se vuelve y se dirige, muy fino, hacia Mary)

NICOLÁS.—Buenas noches, señorita. He tenido mucho gusto. Espero que papá no la moleste mucho. En el fondo, siempre que papá invita a una chica, lo hace para presumir... Pero luego, nada. ¡Buenas noches!

(Y sale disparado, cerrando la puerta de golpe. Mary se queda atónita. El Regente corre hasta el teléfono)

MARY.—¡Oh!

REGENTE.—¡Oiga! El coronel Hoffman. ¡Coronel! Vaya ahora mismo a la alcoba del Rey y cerciórese de si está dentro... Si está, cierre la puerta con llave. Si no está, búsquelo y no se separe de él. ¡Ah! Que no se le permita telefonar bajo ningún pretexto. Sí... De acuerdo. ¡Ah! Mañana, que le compren otro

mecano... Más grande. Eso es. *(Cuelga. Se deja caer en el sillón y suspira profundamente. Está cansado. Se limpia suavemente el sudor. Luego se vuelve hacia Mary)* Discúlpeme usted. Comprendo que ha sido una escena muy desagradable...

MARY.—*(Mirándole)* ¡Pobre Alteza Real! ¡Pobre Regente! ¡Pobre hombre!...

(El Regente se vuelve suavemente, mortificado)

REGENTE.—¿Qué quiere usted decir, señorita Morgan? Creo que se deja usted influir por las apariencias. En el fondo, la actitud de mi hijo es muy natural. En Eslavia disfrutamos de una tradición que se transmite de unos a otros. Los hijos siempre llevan la contraria a los padres...

MARY.—*(Suavemente)* Como en Boston...

REGENTE.—¿De veras?

MARY.—Sí, señor...

REGENTE.—¡Ah! Claro... *(Sonríe. Vuelve la cabeza. Mary se sienta lentamente. Un silencio)* ¿En qué está usted pensando?

MARY.—En Rokovski.

REGENTE.—¡Oh!

MARY.—¡Pobrecito Rokovski! Tendrá una mujer y unos hijos pequeñitos. Tendrá muchas ilusiones. Tendrá la alegría de ver el sol y las estrellas... ¡Y usted le ha metido en la cárcel!

(El Regente baja la cabeza. Es un instante. Después, con su tono de siempre)

REGENTE.—Querida...

MARY.—*(De pronto)* Oiga. Se me ocurre una idea. ¿Por qué no hace usted que traigan aquí a Rokovski y me deja usted sola con él, y verá usted cómo yo le convengo y se pone de su parte..., y todo arreglado?

(El Regente se la queda mirando y sonrío)

REGENTE.—¡Qué americana es usted!

MARY.—¿Por lo estúpida?

REGENTE.—No... Por lo ingenua.

MARY.—¡Ah!

REGENTE.—No podría usted con Rokovski. Es muy testarudo. Es medio alemán y medio eslaviano... Y está a sueldo del Kaiser. No olvidemos que en mi país

la tercera parte de la población son analfabetos. Los que saben leer son de origen alemán... *(Suena el timbre del teléfono)* Perdón... Diga. ¡Ah! Está bien... *(Cuelga y se queda muy preocupado)* ¡Caramba! ¡Qué contrariedad!

MARY.—¿Qué ocurre?

REGENTE.—Mi mujer... Mi mujer, que acaba de llegar...

MARY.—*(Un grito)* ¡Ayyy!

REGENTE.—*(En pie)* ¡Señorita!

MARY.—¡Socorro! ¡Socorro! ¿Dónde me escondo? *(Excitadísima)* ¡Yo soy una chica decente!

REGENTE.—Pero, señorita, ¿qué le ocurre?

MARY.—¿No ha dicho usted que viene su mujer?

REGENTE.—Bueno... ¿Y qué? ¡Pero si mi mujer estará encantada de conocerla!

MARY.—¿De veras?

REGENTE.—¡Claro! Como siempre... Aquí está.

(Se abren de par en par las puertas del fondo, con cierto ímpetu, y surge en escena la Gran Duquesa. Una dama algo mayor que el Regente. Señorial, elegantísima, terriblemente distraída y algo insensata. Es un poco sorda. Usa impertinentes. Entra y, directamente, se encamina hacia el Regente, sin ver a Mary. Tampoco repara en la mesa puesta. La sigue la Condesa von Mackensen)

DUQUESA.—¡Hola, querido! ¿Cómo estás? Yo, muy mal. Me duele la cabeza, me duelen los pies. Estoy muy, muy contrariada... El teatro, terrible, ¿sabes? Una obra aburridísima. No me explico cómo la gente de Londres se divierte con estas cosas. ¿Qué te ha parecido a ti, Carolina?

CONDESA.—Nunca he visto una comedia más triste, Alteza.

DUQUESA.—Justo. Triste. Eso es... Lo mismo pensaba yo. ¡Ah! Esta Carolina, siempre encuentra la palabra justa. *(Se sienta en un sillón, sin ver todavía a Mary)* Pues, ¿y la comida? ¡Horrible! Olga Herzegovina se presentó vestida de encarnado. Parecía un demonio, la muy pécora. Al final, le saltó el helado del plato y fue a parar al pecho de Rosa Slumberger, donde, por cierto, fue muy bien recibido, aunque la Slumberger gritara como si un inofensivo helado de chocolate, tan pequeñito, fuera una bomba. Luego, madame Dupont de Grenville nos dio la sobremesa. Empezó a recordar a su marido, que está en Noruega de Embajador, y se echó a llorar. ¡Como si no supiéramos todos que lo hacía por fastidiar al otro, que estaba presente!... ¡La muy hipócrita!... *(Transición)* ¡Ah! ¡Carolina!... ¿Dónde se ha metido esa idiota?

CONDESA.—Aquí. Aquí estoy, Alteza.

DUQUESA.—¡Ah! Eres un tesoro, querida. Siempre estás cuando se te llama. Anda, dame una copa de champán. (*En este momento se vuelve para tomar la copa y descubre a Mary*) ¡Hola! ¿Quién es usted, hijita?

MARY.—Alteza... Yo le explicaré a Vuestra Alteza...

REGENTE.—(*Mundano*) ¡Querida! Permíteme que te presente. La señorita Mary Morgan...

DUQUESA.—¡Ah, vamos! Ya comprendo. (*Se planta los impertinentes y mira a Mary de arriba a abajo con mucha minucia. Al fin, muy complacida*) Mira, por lo menos, esta no lo parece...

REGENTE.—¿Te gusta?

DUQUESA.—Mucho. De verdad.

REGENTE.—Lo celebro. Ya sabes que mi mayor placer es coincidir siempre contigo.

DUQUESA.—Acérquese, hijita. ¿Es usted del teatro o del circo?

MARY.—(*Casi llorando*) ¡Y dale!

DUQUESA.—¿Qué dice? No oigo nada.

REGENTE.—Verás. La señorita Morgan es actriz...

DUQUESA.—¡Ah! Actriz. Me gusta. Adoro el teatro. Esta noche he visto una comedia preciosa. ¡Y tan divertida!... Hija mía, celebro que sea usted del teatro. No soporto a la gente del circo. La otra noche tuvimos aquí una de esas muchachas que se suben al trapecio. ¡Y no quiera usted saber! Bebió un poquito y nos dio la noche... (*De pronto*) Oiga.

MARY.—Alteza...

DUQUESA.—Píntese más. Parece usted tonta. Y siéntese aquí, a mi lado. ¿En qué teatro trabaja usted?

MARY.—Verá Su Alteza Real... Trabajo en una revista que se llama «El coco del Sur».

DUQUESA.—¿Cómo?

MARY.—Que trabajo en...

DUQUESA.—No la oigo una palabra. Pero da igual. Después de todo, no sé por qué se lo pregunto. Porque estoy segura, segurísima, de que una muchacha como usted tiene que trabajar con Sarah Bernhardt²... ¿Acierto? ¡Ah! Yo no me equivoco nunca. ¡Qué grande es esa Sarah! Gran amiga mía, por cierto.

2 A la altura de 1911, año en que transcurre la acción de esta comedia, Sarah Bernhardt (París, 1844-1923) se había convertido en un mito. Ya en los años setenta del pasado siglo había empezado a cosechar grandes éxitos con obras como *Ruy Blas*, de Víctor Hugo, o *La dama de las camelias*, de Dumas hijo; y en los ochenta realizaría numerosas giras internacionales que la harían mundialmente conocida. Recién iniciado el siglo xx había obtenido un éxito sin precedentes con *L'Aiglon*, de Edmond Rostand.

¿La ha visto usted en *Fedra*? (*Mary dice que no con la cabeza*) ¡Claro! Es muy natural que la haya visto muchas veces... Pues ya ve usted, a mí no me gusta esa obra. Demasiado amor. Una lata. Como si en el mundo no hubiera otras cosas más importantes y deliciosas, mucho más interesantes que el amor... (*Se pone en pie. Se dirige a su marido*) Buenas noches, querido. Me caigo de sueño. Oye. ¿Qué uniforme llevarás mañana?

REGENTE.—El de la Guardia Real.

DUQUESA.—Azul.

REGENTE.—Blanco.

DUQUESA.—Justo. Encarnado... Me pondré de blanco, para no coincidir. (*Mira en torno*) ¡Carolina! ¡Carolina! ¡Jesús! ¿Dónde está esa tonta?

CONDESA.—Aquí, Alteza. Como siempre...

DUQUESA.—Anda, busca la novela que leíamos anoche.

CONDESA.—¿«La vida de un asesino»?

DUQUESA.—Esa. ¡Ah! Es una novela cautivadora. Y tan verídica. Es la historia de un pobre hombre que, poco a poco, se convierte en asesino; pero, generosamente, desinteresadamente, por puro amor al crimen. No como otros. Oye. Prepárame también una pildorita de esas amarillas. Si no la tomo, resulta que el asesino se pone pesado y no puedo pegar un ojo.

CONDESA.—Sí, Alteza. Ahora mismo.

(*Va al fondo, mira en torno, suspira profundamente, saluda y sale*)

DUQUESA.—Esta pobre Carolina cada día está más tonta. Además, le sucede algo extrañísimo: se acatarrá. ¡Figúrate! (*Se vuelve hacia Mary y saluda*) Bien, querida. Buenas noches. Estoy muy, muy contenta de tenerla a usted entre nosotros. (*Ya en la puerta, a punto de salir, se vuelve y sonríe*) ¡Ah! Espero que mi marido le haga pasar una velada muy agradable. Cuando él quiere, resulta encantador...

(*Y sale. El Regente, que la despidió, cierra las puertas despacio y vuelve lentamente hacia primer término. Un silencio*)

REGENTE.—¡Señorita Morgan! Me doy cuenta de que, para usted, todo esto es muy difícil de entender... Pero, sin embargo, es muy natural. Mi mujer y yo no somos más que dos excelentes amigos, con toda consideración el uno para el otro, eso sí. Me casé por una razón de Estado: porque Eslavia tenía que

estrechar la amistad con Austria. Ella obedeció al Emperador y yo cumplí las indicaciones de mi Gobierno...

MARY.—(*Boquiabierta*) ¿Y no se quieren nada? ¿Ni un poco?

REGENTE.—Realmente... (*Sonríe*) ¿Usted lo cree posible?

MARY.—¡Dios mío! ¡Pero eso es terrible!...

REGENTE.—¿Terrible? ¿Por qué?

MARY.—Porque usted es un hombre que vive sin amor...

REGENTE.—Bueno... ¡Tanto como eso!...

MARY.—¡Sí! Ya sé lo que va usted a decirme. De vez en cuando cena usted aquí con una muchacha desconocida que encuentra en un teatro de revista, en un cabaret, en el circo o en medio de la calle, como Lucy Martín y tantas otras. Pero ¡Dios mío!, eso no es el amor...

(El Regente la mira con cierta irónica curiosidad)

REGENTE.—¡Ah! ¿No? Entonces, ¿qué es el amor?

MARY.—(*Un paso*) Pero ¿es que no lo sabe? El amor... (*Suena el timbre del teléfono*) ¡Oh! ¡Otra vez ese estúpido teléfono! ¡No para!

REGENTE.—(*Sonríe*) Disculpe. (*Va al teléfono y toma el auricular*) ¡Diga! Pero, por favor, no merece la pena que me moleste usted para eso... El nuevo jefe de Policía tiene toda mi confianza... No, no. ¡Adiós! (*Y cuelga. El Regente se queda muy pensativo, todavía con la mano puesta en el apartado telefónico. Alza la cabeza lentamente. Mira a Mary. Su rostro va, poco a poco, perdiendo el ceño y adquiriendo una sonrisa. De pronto, muy despacio, cruza de la derecha a la izquierda. En la pared de la izquierda, sobre una consola, hay un gran espejo. Llega el Regente hasta el espejo. Se mira. Sonríe. Casi maquinalmente, pero muy despacio, se desprende de las condecoraciones, que deja sobre el mueble. Luego se vuelve hacia Mary, que, al otro lado, le ha visto hacer, muy atenta. La mira, sonríe*) ¡Ea! Ya estamos solos... Definitivamente.

MARY.—¡Sí!

REGENTE.—Para toda la noche... (*Mary se calla y casi de golpe se deja caer en el sofá y queda sentada, sin dejar de mirar fijamente al Regente. Este, muy amable*) Querida Mary... ¿No cree que estaría más cómoda echada en el sofá?

MARY.—No, gracias... Todavía no estoy cansada.

(El Regente mira el reloj con alguna impaciencia)

REGENTE.—Bien, bien... Esperaremos. (*La mira y pasea hasta el fondo. De pronto, se vuelve desde allí, la mira, avanza, decidido, y se sienta en el sofá, al lado de*

Mary. Esta le sigue mirando muy extrañada) Oiga... ¿Sabe..., sabe usted que lleva un vestido muy bonito? ¿Eh?

MARY.—¡Qué va! No vale nada.

REGENTE.—(*Un poco azorado*) ¡Ah! ¿No? Creí... ¡Je! (*Un silencio. Mary sigue examinando sus movimientos y actitudes en una actitud glacial, escalofriante. De pronto, el Regente, como decidiéndose de nuevo, se lanza*) Realmente ha sido usted muy amable viniendo aquí esta noche...

MARY.—Siga...

REGENTE.—¿Cómo?

MARY.—Siga, siga...

REGENTE.—¡Je! La verdad es que las palabras en esta ocasión importan muy poco. ¿No cree usted? (*Se acerca más. Y, como distraídamente, pone una mano sobre las rodillas de Mary, que, sin moverse, le sigue mirando con mucha curiosidad*) ¡Vaya!... ¿Sabe usted que anoche, cuando la vi en el teatro, en aquel escenario lleno de luz, me hizo usted la impresión como de... ¡vaya!, de algo sobrenatural? (*Se acerca más. Retira su mano de las rodillas de Mary, la enlaza por la cintura. No sabe qué decir. Un silencio, y de pronto, en un tono destempladísimo*) ¡Amor mío!

(*Y, sin querer, estornuda. Mary se queda estupefacta*)

MARY.—¡Hay que ver! ¡Qué mal lo hace usted! Es usted un cómico malísimo...

(*El Regente se pone en pie, bruscamente irritado*)

REGENTE.—¡Señorita! ¿Qué es lo que hago mal?

MARY.—El amor...

REGENTE.—Pues siempre lo hago igual...

MARY.—¡No me diga! ¿Y no se lo han dicho hasta ahora?

REGENTE.—¡No!

MARY.—¡Claro! ¡Hay cada fresca por ahí, de esas que siguen la corriente!...

REGENTE.—(*Irritadísimo*) ¡¡Cállese!! ¿Quiere?

(*Se aparta. Va a la mesa y, de pie, de espaldas a Mary, se sirve una copa de vodka, que toma de un trago. Luego estrella la copa contra el suelo. Un silencio*)

MARY.—(*Tímidamente*) ¿Me da usted una copita? Yo también la necesito... (*El Regente, en silencio, dominándose, llena una copa y se la tiende a Mary, sin mirarla*) Gracias...

(*Bebe. Mientras, el Regente se deja caer en un sillón. Otro silencio*)

REGENTE.—La he decepcionado... ¿No es eso?

MARY.—Sí, Alteza. Muchísimo. Cuando hace unos momentos supe por qué y para qué me traían a esta casa, cuando me enteré de quién era su Alteza, me eché a temblar. «Mary -me dije para mí-, va a ser espantoso. Tendrás que defenderte de un príncipe balcánico, que llevará fuego en las venas. Un hombre apasionado, tremendo, irresistible. Te declarará su amor con tanta pasión, tan ardientemente, que no podrás negarle nada. Te cogerá entre sus brazos, te besará. Mientras, una orquesta de músicos zíngaros llegará hasta el salón, como un dulce murmullo que sube y sube... Las luces se irán apagando, hasta dejar la habitación en sombras. En el aire habrá un perfume maravilloso y embriagador. Y tú, pobrecita, entre los brazos de un príncipe tan apasionado, ¿cómo podrás resistir?». (*Un silencio. Una transición. Con otro tono, naturalísima*) Pero nada... ¡Nada, nada, nada!

(*Un hondo y muy sentido suspiro. El Regente se pone en pie con la cólera reflejada en el rostro*)

REGENTE.—¡Señorita Morgan! Antes de que continúe insultándome prefiero que se vaya... ¡Pronto!

(*Mary, lentamente, se pone en pie*)

MARY.—¿Ahora mismo?

REGENTE.—¡Sí! Mandaré que enganchen un coche...

MARY.—Gracias. (*Mary cruza despacio hasta la puerta de la izquierda. Ya en el umbral, se queda mirando al Regente*) ¿Puedo recoger mi chal?

REGENTE.—¡Sí! ¡Aprisa!

(*Mary baja la cabeza y, en silencio, entra en la habitación de la izquierda. Queda el Regente solo. Airado, casi furioso todavía, toca un timbre repetidamente. Al fin, se entreabre la puerta del fondo y aparece el Mayordomo*)

MAYORDOMO.—Alteza...

REGENTE.—¿Es que no me oyen? ¿Por qué no acuden cuando yo llamo?

MAYORDOMO.—Me permito recordar a Su Alteza, con todos los respetos que se deben a Su Alteza, que en estas ocasiones los criados tienen órdenes de permanecer lo más lejos posible...

REGENTE.—¡Basta!

MAYORDOMO.—Sí, Alteza...

REGENTE.—¡Que enganchen un coche y lleven a su casa a la señorita Morgan!

MAYORDOMO.—(*Un poco asombrado*) ¿Ya?

REGENTE.—¡Sí!

MAYORDOMO.—Lo lamento profundamente, Alteza...

REGENTE.—¡Largo! ¡Fuera de aquí!

MAYORDOMO.—A las reales órdenes de Vuestra Alteza Real...

(El Mayordomo se dispone a salir. Y cuando ya está en la puerta del fondo, llama el Regente)

REGENTE.—Espera... (*El Mayordomo se detiene. El Regente pasea y habla para sí*)
Realmente, tienes razón. Es demasiado pronto.

MAYORDOMO.—Sí, Alteza. Apenas hace una hora que la señorita Morgan entró en la casa... Y créame, Su Alteza, si una cita de esta clase se frustra, no gana nada el prestigio del Trono de Eslavia... Además, estamos en el extranjero. Lamentable, muy lamentable.

(El Regente, que no le ha oído, alza la cabeza, como si hubiera tenido una idea)

REGENTE.—Oye. ¿Hay entre los criados alguno que toque el violín?

MAYORDOMO.—Sí, Alteza. Uno de los «valets», que se llama Franz...

REGENTE.—¿Y lo toca bien?

MAYORDOMO.—Eso nunca se sabe Alteza...

REGENTE.—Llámale inmediatamente. Le necesito. Dile que toque su violín detrás de esa puerta. ¡No! Lo mejor será que empiece a tocar al final del pasillo y se vaya acercando hasta aquí, como un murmullo que sube y sube... ¿Comprendes?

MAYORDOMO.—Vagamente... Pero así se hará. ¿Le parece a Su Alteza que Franz empiece a tocar junto a la habitación del Ministro?

REGENTE.—Eso es.

MAYORDOMO.—¿Y si protesta el señor Ministro?

REGENTE.—¡Que dimita! Eso saldrá ganando el país...

MAYORDOMO.—¡Magnífico! A las órdenes de Su Alteza...

REGENTE.—¡Ah! Que no empiece a tocar ese muchacho hasta que yo avise por medio de ese timbre. ¿Entendido?

MAYORDOMO.—Así se hará, Alteza. Yo mismo estaré al cuidado...

(Va al fondo, saluda profundamente, y sale cerrando la puerta tras sí. El Regente, solo, mira en torno como buscando algo. Después, entra rápidamente en la habitación de la derecha. Y vuelve a salir en seguida. Lleva un pequeño pulverizador con el cual empieza a perfumar el salón afanosamente de aquí para allá. Termina, y se queda muy satisfecho. Pero, de pie en medio de la estancia, sabe que algo falta. Y ya está: comienza a apagar lámparas, buscando la penumbra deseada... Pero apenas ha apagado un par de lámparas, aparece Mary por la izquierda, envuelta en su abrigo. Sin mirar al Regente, marcha hacia el fondo, dispuesta a salir. Se detiene, cuando, con una nueva voz, llama el Regente)

REGENTE.—¡Mary! Por favor... ¿No puede esperar un poco? Solo unos minutos, mientras enganchan el coche. ¿Quiere?

(Mary le mira, baja la cabeza y vuelve despacito, un poco sorprendida)

MARY.—¿De verdad quiere usted que espere?

REGENTE.—¡Si usted supiera cuánto siento lo que ha pasado!...

MARY.—*(Muy bajo)* Yo también lo siento...

REGENTE.—¡Tengo tantas cosas que decirle, Mary! ¿Por qué no se sienta un poco?

(Mary está casi conmovida por el tono emocionado del Regente. Le mira)

MARY.—¡Pobrecito! Bueno... Me sentaré.

(Mary se sienta en el borde del sofá. El Regente empieza a pasear muy despacio mientras habla)

REGENTE.—¡Mary! Yo sé muy bien que mi comportamiento con usted esta noche ha sido inadecuado. Lo lamento con toda mi alma. Solo puedo decirle, como disculpa, que nuestro encuentro ha tenido lugar en un momento dramático de mi vida. No puedo más. El peso del Poder me abrume. En Eslavia está a punto de estallar una huelga general, y si eso ocurre, tendré que proclamar la Ley Marcial... *(Sin que Mary pueda verlo, con muchísimo disimulo, al pasar, apaga otra lámpara)* Shakespeare lo dijo: «Es difícil conciliar el sueño cuando se ciñe una corona»³. Yo, Mary, en este momento, soy el hombre más desdichado del mundo... *(Un suave silencio)* Ahora puede usted marcharse si gusta. Pero vea usted lo que deja aquí. Un hombre con el corazón angustiado. Un hombre abrumado por tremendas responsabilidades. Y lo que es más triste todavía: ese hombre, ese pobre hombre, está solo. No tiene a nadie... *(Ha ido a la mesa. Llena dos vasos de vodka. Se acerca a Mary. Mary toma un vaso, sin darse cuenta de lo que hace, mirando al Regente, como deslumbrada. El Regente se sienta junto a ella)* No sé si usted podrá comprenderme. Tiene usted un adorable alma de niña. Además, temo que sea demasiado tarde. Hace unos minutos, sentados en este sofá, como ahora, he roto el encanto. ¡Qué estúpidos somos los hombres!

MARY.—*(Mirándole, muy despacito)* Algunos no... *(Y sin saber exactamente lo que hace, se bebe de un trago el vaso de vodka. De pronto, muy sorprendida)* ¡Ay! ¿Por qué me he bebido yo esto?

(El Regente sigue en su tono, como para sí mismo)

REGENTE.—Tenía usted razón cuando dijo antes que había en mi vida un poco de amor. Es triste, ¿verdad? He aquí un hombre ya de edad...

MARY.—¡Oh, no! Todavía, no.

REGENTE.—Bueno... Poco más o menos. Pero la verdad es que mi vida ya es tan inútil como una de esas hojas secas y amarillas que arranca el viento de los árboles del parque. Tengo cuarenta y...

MARY.—¿Cuántos?...

REGENTE.—No sé... Cuarenta y tantos. Y ya ve, todavía no sé lo que es amar y ser amado. ¿Recuerda usted el cuento de «La Bella Durmiente»? Es lo mismo, pero al revés. En mi caso es el príncipe el que duerme esperando la llegada de

3 “Negros ensueños agitan al que ciñe real corona”; lo dice Lady Macbeth (*Macbeth*, acto II, escena I. *Dramas de Guillermo Shakespeare: El mercader de Venecia, Macbeth, Romeo y Julieta. Otelo*. Trad. Marcelino Menéndez Pelayo. Barcelona, 1881. 101).

una hermosa mujer, que traiga en sus labios el beso de amor que le despierte y la devuelva a la vida...

MARY.—(*Muy emocionada*) ¿Quiere usted que le bese?

REGENTE.—Si se empeña... Por mí. ¡Je! (*Mary se inclina y le besa muy suavemente en los labios*) Gracias. ¿Me ha comprendido usted, Mary? Yo necesito el amor. Yo necesito una mujer que me recoja entre sus brazos y me diga: ¡Te quiero, te quiero! Una mujer para que se sacrifique por mí, que sepa renunciar por mí. Que me perdone mis debilidades y sepa comprender mis deseos. Yo, el príncipe durmiente, necesito el beso de una mujer enamorada, que me devuelva a la vida. Porque yo quiero vivir, Mary, iyo quiero vivir!...

(El Regente se levanta y con fingida desolación va al fondo. Con disimulo, busca el timbre y toca. Mary, entre tanto, sola en el sofá, le mira enternecidamente)

MARY.—(*Muy bajo*) ¡Dios mío! ¡Qué desgraciado es!

(El Regente vuelve despacio, y de pie ante Mary sonrío y la mira amorosamente)

REGENTE.—¿Sabes lo que me recuerda tu pelo? El trigo del verano acariciado por el aire de la mañana. Y tus ojos...

(Se oye, lejos, la música de un violín que toca una dulce melodía zíngara)

MARY.—¿Oyes?

REGENTE.—Sí...

MARY.—¿Quién toca ese violín?

REGENTE.—Uno de mis criados. Un muchacho húngaro que llora sus penas de amor. Toca todas las noches.

MARY.—¡Dios mío! (*Sentimental*) Otro que también sufre.

REGENTE.—¡Oh! ¡Somos tantos!...

MARY.—Sigue. Me gusta oírte. ¿Qué decías de mis ojos?

REGENTE.—Son como dos lagos llenos de sol...

MARY.—Sigue. Háblame de mí. De mi boca, de mi nariz, de mis manos...

REGENTE.—¿Para qué? ¿Qué puede decirse de la perfección?

MARY.—Que se muere de sueño.

REGENTE.—¿Cómo?

MARY.—Y estoy segurísima de que es el vodka...

REGENTE.—¡Amor mío!

(Mary, poco a poco, se ha ido reclinando, y ya casi está echada en el sofá. El Regente se inclina, la toma de la cintura y la besa. Un silencio. Mary le acaricia la cabeza.)

MARY.—Tienes un pelo precioso. ¿Qué te das?

REGENTE.—Casi nada... Colonia, brillantina y un poco de fijador.

MARY.—Oye. ¿Te das cuenta de que entre nosotros va a ocurrir algo terrible y eres tú el que lo ha querido?

(Un silencio. El Regente la mira fijamente. Se inclina y la vuelve a besar. De pronto golpean discretamente en la puerta del fondo. Como el Regente y Mary siguen besándose y el que llama no obtiene ninguna respuesta, llama más fuerte. Al fin, se abre la puerta y aparece Jaime Brook)

JAIME.—¡Alteza! ¡Oh! ¡Ejem!

(El Regente se incorpora de un salto)

REGENTE.—¡Oh! ¡¡Usted!! ¡Esto es intolerable!

JAIME.—Con todos los respetos, Alteza, he de poner en su conocimiento algo muy grave...

REGENTE.—*(En vilo)* ¿La revolución?

JAIME.—¡No! La tía de la señorita Morgan que ha tenido un accidente y está gravísima...

MARY.—*(Sobresaltada)* ¿Qué? *(De pronto, cae)* ¡¡Embustero!!

JAIME.—¿Cómo?

MARY.—¡Largo! ¡Fuera de aquí!...

JAIME.—¡Señorita! Su tía está gravísima. Un accidente de automóvil... ¡Tres vueltas de campana!

MARY.—¡Mentira! ¡Si lo sabré yo...! ¡Alteza, dile que se vaya!

JAIME.—Pero, señorita Morgan... ¿Se ha vuelto usted loca?

REGENTE.—¡Basta, Brook! La señorita Morgan le ha dicho que salga...

JAIME.—Pero, Alteza...

REGENTE.—¡Fuera de aquí!

JAIME.—¡Oh!

(Jaime, atribuladísimo, como quien ve visiones, sale por la puerta del fondo. Quedan solos el Regente y Mary. Vuelven la cara el uno hacia el otro. Sonríen. El Regente va hacia ella con los brazos extendidos. Ella le detiene suavemente)

MARY.—Espera... Antes de que des un paso más, antes de que me beses otra vez, quiero hacerte una advertencia.

REGENTE.—Di...

MARY.—¿Sabes lo que pasará si seguimos adelante? Que me voy a enamorar de ti como una loca...

REGENTE.—¿De verdad?

MARY.—Sí...

REGENTE.—¿Y qué más puedo desear yo sino que me quieras como yo quiero?

MARY.—¿Estás seguro? ¿No te arrepentirás?

REGENTE.—No, amor mío...

MARY.—¿Seguimos?

REGENTE.—Con toda mi alma...

MARY.—Bueno. *(Un bostezo)* Entonces, hasta mañana.

REGENTE.—*(Un respingo)* ¿Cómo?

MARY.—No puedo más... Me caigo de sueño. Es el vodka. ¡A dormir!

(Y con mucha presteza, se tumba en el sofá y se arropa con su abrigo. Dichosísima)

REGENTE.—Pero ¿qué dices?

MARY.—*(Un bostezo)* Hasta mañana, mi amor. Despiértame temprano... ¡Hum! Buenas noches.

(Y cierra los ojos. El Regente está indignadísimo)

REGENTE.—Pero ¿Qué es esto? ¿Serás capaz de dormir ahora? ¡Mary! ¡Mary! ¡Mary! ¡Señorita Morgan! *(La zarandea un hombro. Un suave y dulcísimo ronquido de Mary. La suelta, furioso)* ¡Se ha dormido! ¡Es increíble! ¡Pero esto es el colmo, el colmo!... *(El violín, que no ha cesado de tocar desde que empezó, acercándose gradualmente, ahora está ya detrás de la puerta del fondo y suena ya de un modo tremendo)* ¡¡Basta!! ¡Que se calle ese violín! ¡¡Fuera!! *(Lleno de cólera, va a la puerta del fondo, la abre y grita al exterior)* ¡Fuera! ¡Fuera de aquí!! ¡¡Vete!! *(Vuelve. Va hacia el sofá, donde Mary reposa dulcemente.*

Hace un incontenible gesto de amenaza) ¡Oh! (Y en el colmo de la indignación, marcha hacia la derecha) ¡A mí, a mí!...

(Desaparece por la derecha, cerrando de un portazo. Silencio. Mary duerme. Por la puerta del fondo, que ha quedado entreabierta, surge la cabeza del Mayordomo. Ve a Mary durmiendo y avanza de puntillas. La mira. Mira a la puerta de la derecha. Mueve la cabeza con franco reproche. Suspira. Se inclina, toma a Mary entre los brazos, que, al parecer, en el más feliz de los sueños, ni se entera. Y cargado con ella, el Mayordomo marcha hacia la puerta de la izquierda)

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

El mismo decorado del acto anterior. Son las ocho y media de la mañana del día siguiente.

(Cuando se levanta el telón, en escena están el Mayordomo y un Camarero. El Camarero, bajo la mirada vigilante y ante la actitud siempre solemne del Mayordomo, se ocupa en disponer en la misma mesa que anoche sirvió para la cena, dos desayunos. Alguien llama con los nudillos en la puerta del fondo)

MAYORDOMO.—¡Adelante!

(Se abre la gran puerta y surge Jaime Brook. Uniforme de gala del Cuerpo Diplomático)

JAIME.—Buenos días, señor Barón.

MAYORDOMO.—Buenos días, míster Brook.

(Jaime se acerca a la mesa. Curioseosa. Alza los ojos y mira interrogante al Barón)

JAIME.—Dos desayunos... Entonces, ¿ella está todavía aquí?

MAYORDOMO.—*(Un suspiro)* Está...

JAIME.—¡Ah! Eso quiere decir que todo ha ido bien... ¡Quién lo iba a decir!

MAYORDOMO.—Al contrario, míster Brook. Todo ha ido mal. Para su completa información, míster Brook, le diré que la señorita Morgan lleva ocho horas durmiendo en la habitación de los huéspedes. Yo mismo la acosté y la arropé... *(Un suspiro)* Como un padre.

JAIME.—¡Hola! Entonces...

MAYORDOMO.—Nada.

JAIME.—Pero ¿nada?

MAYORDOMO.—Nada, míster Brook; absolutamente nada. ¡Una vergüenza! Puede decirse que la velada ha constituido un fracaso para Esllavia...

JAIME.—¡Caramba! Lo siento muchísimo, Barón...

MAYORDOMO.—Gracias, míster Brook. Yo sé que es usted un buen amigo. *(Un suspiro)* Créame, yo estoy avergonzado. Para mí esto es muy amargo. He servido en estos trances a dos generaciones de reyes de Esllavia, y puedo asegurarle, bajo palabra de honor, que esto no ha sucedido nunca. Yo no sé

lo que va a ocurrir cuando se sepa esto en Eslavia. Lo que más me preocupa es la reacción de los monárquicos...

JAIME.—¡Hombre, hombre!

MAYORDOMO.—¡Cómo ha cambiado el Regente! ¡Si usted le hubiera conocido hace unos años, cuando todos los meses íbamos de incógnito a París! ¡Qué noches, míster Brook! ¡Qué madrugadas en «Moulin-Rouge»! ¡Qué cenas en el «Café de París»! Cuando el Regente salía de «Maxims», la gente le aplaudía, no le digo más.⁴ Era un hombre infatigable. En esa época fue cuando Europa empezó a respetar a Eslavia. Ahora... Ahora no sé lo que va a pasar. Míster Brook, sinceramente, ¿puedo hacerle una pregunta?

JAIME.—Con mucho gusto...

MAYORDOMO.—(*Muy inquieto*) ¿Cree usted que lo sucedido esta noche entre el Regente y la señorita Morgan influirá en el ánimo del Gobierno inglés?

JAIME.—Hombre... Procuraremos que no se entere el Primer Ministro.

MAYORDOMO.—¡Gracias! No sabe usted qué peso me quita de encima...

(*Dentro se oye la voz airada del Regente*)

REGENTE.—(*Dentro*) ¿Hay alguien ahí? Venga quien sea.

MAYORDOMO.—Al momento, Alteza. (*Marcha hacia la derecha, diciendo, por lo bajo*) ¡Sí, sí, mucha energía ahora!... (*Ya ha llegado a la puerta. A punto de salir, mirando al interior, se inclina reverente y respetuosísimo*) A las reales órdenes de Su Alteza...

(*Sale el Mayordomo definitivamente por la derecha. Queda Jaime en primer término, muy pensativo, y, al fondo, el Camarero. Inmediatamente surge Mary por la izquierda. Todavía está semidormida, tiene el pelo revuelto y se le cierran los ojos. Se ha envuelto en la colcha de la cama, que lleva bordada, coincidiendo con la espalda de Mary, la corona real de Eslavia. Como está semidormida, no ve a nadie. Se dirige con paso vacilante a la mesita, se sirve un vaso de agua y se lo bebe con verdadera fruición. Repite la acción y se toma otro. Luego, muy decidida, toma la jarra y el vaso y se marcha hacia la alcoba de donde salió. Jaime, que la ha visto hacer, da un paso hacia ella*)

4 *Moulin Rouge*: cabaret de París. *Café de París*: restaurante de distinguida clientela. *Maxim's*: restaurante de alta cocina francesa.

JAIME.—¡Señorita Morgan! (*Mary se detiene, vuelve la cabeza y le mira extrañadísima*) ¿Quiere usted explicarme de una vez su comportamiento? ¿Quiere usted decirme qué es lo que ha pasado? Yo entré anoche, como habíamos convenido, una hora después...

MARY.—¡Cállese usted!

JAIME.—¡Oh!

MARY.—¡Embustero! ¡Más que embustero! ¡Mire usted que decir que mi tía había tenido un accidente de automóvil...

JAIME.—Pero, señorita...

MARY.—¡A callar!

(Y sale con mucha dignidad. Jaime se queda absorto. En el acto, surge el Mayordomo, por la izquierda)

JAIME.—¡Oh! ¡Esto es el colmo!

MAYORDOMO.—(*Dirigiéndose al Camarero*) ¡Ejem!... Su alteza Real quiere desayunar solo. Puedes retirar un servicio. (*El Camarero, en silencio, pone en una bandeja uno de los servicios del desayuno. Luego marcha hacia el fondo y desaparece. El Mayordomo se vuelve hacia Jaime*) Mister Brook, Su Alteza Real le suplica que espere unos minutos. Se está calzando las botas altas, y esa operación siempre es lenta y dolorosa...

JAIME.—Está bien. Esperaré... (*El Mayordomo marcha hacia el fondo*) Un momento. ¿Su Alteza Real ha dicho algo? ¿Alguna explicación de lo sucedido esta noche?

MAYORDOMO.—Nada... Ni una palabra. (*Sonríe, sibilino*) Para mí, que está avergonzado.

(Abre la puerta del fondo para salir, y en este momento surge en tromba el Rey Nicolás, que casi derriba al Mayordomo)

NICOLÁS.—¡Oh!

MAYORDOMO.—¡Majestad! Mil perdones...

NICOLÁS.—¡Largo!

MAYORDOMO.—¡Oh, Majestad!...

NICOLÁS.—¡Andando! ¡Y no me des la lata!...

MAYORDOMO.—¡Desde luego, desde luego, Majestad!...

(Y sale, a pesar de todo, con dignidad. El Rey Nicolás avanza refunfuñando)

NICOLÁS.—¡La coronación, la coronación!... Todo el mundo habla de la coronación: los cocheros, las criadas, los camareros... ¡Ya es mucha coronación! Y de Eslavia, ¿qué? ¿Quién se ocupa de mi pueblo, que a estas horas está en plena guerra civil?

JAIME.—(*Sonríe, superior*) Su Majestad exagera un poco... Según mis noticias, el orden público en Eslavia es completo.

NICOLÁS.—¡Ya, ya! ¿Y quién le ha dado a usted esas noticias?

JAIME.—Majestad. (*Sonríe otra vez*) Son informaciones del Ministerio inglés de Asuntos Extranjeros.

NICOLÁS.—¡Pues está usted listo! Porque Inglaterra nunca se entera de nada...

JAIME.—¡Oh! Majestad... (*Se queda muy contrariado; pero disimula. Y, con toda la amabilidad de que es capaz*) ¡Je! Un bello día para la coronación, ¿no es cierto? Creo que Su Majestad presenciará el desfile desde un balcón del Ritz.⁵ Es una pena que el protocolo no permita que Su Majestad tenga un asiento en la Abadía⁶...

(Durante las anteriores palabras de Jaime Brook, Nicolás ha ido hasta la izquierda y ha curioseado por entre la puerta entreabierta, sin hacer el menor caso de lo que decía Jaime)

NICOLÁS.—Oiga. La chica está ahí... (*Jaime, casi involuntariamente, avanza*) No, no se moleste... Ya está vestida...

JAIME.—¡Oh! Pero, Majestad... ¡No habrá pensado!...

NICOLÁS.—De manera que la chica está ahí... Eso quiere decir que se frustró la cena. (*Piensa. Está encantado*) ¡Oh! Cuando se entere Rokovski... ¡Qué éxito para la propaganda!

JAIME.—¡Majestad! ¡Pero, Majestad!...

(En este momento aparece el Regente por la derecha a medio vestir de uniforme. Por eso, lleva una bata larga)

5 A finales del siglo XIX el empresario suizo César Ritz fundó una serie de hoteles de lujo en distintas ciudades europeas. El primero de ellos fue el situado en la Plaza Vendôme de París, construido en 1898; posteriormente se construirían el de Londres (1905), que es al que aquí se hace referencia, el de Madrid (1910, bajo el reinado de Alfonso XIII), etc. Desde siempre se hospedaron en estos hoteles miembros de la realeza, junto con escritores famosos, estrellas de cine, etc.

6 La Abadía de Westminster, construida entre los siglos XI y XVI, ha sido tradicionalmente el lugar de coronación y de entierro de los monarcas ingleses. Desde la coronación de Guillermo el Conquistador en 1066, casi todos los monarcas ingleses, con alguna excepción, fueron coronados en dicha Abadía.

REGENTE.—Buenos días, Brook.

JAIME.—A las órdenes de Vuestra Alteza Real...

REGENTE.—Hola, hijo.

(Nicolás va hacia su padre, le tiende una mano que el Regente acepta, un poco extrañado, y se la estrecha con mucha gravedad)

NICOLÁS.—Lo siento mucho, papá...

REGENTE.—¿Qué?

NICOLÁS.—No, nada... Cosas mías.

REGENTE.—Bien... Veo que estás de broma. *(Transición)* Bueno, no habrás olvidado que esta noche tienes una entrevista con tu tía Luisa y tu prima María. Como dentro de unas semanas se anuncia oficialmente tu noviazgo con María, creo que debes aprovechar la ocasión para declararte. ¿Has pensado en eso? ¿Estás preparado? Vamos a ver, Nicolás. De hombre a hombre. Para ese trance, ¿necesitas algún consejo?...

(Nicolás se vuelve hacia su padre, le mira de arriba a abajo y muy superior)

NICOLÁS.—Mira, papá: no te des ahora importancia...

REGENTE.—*(Desconcertadísimo)* ¡Niño!!

NICOLÁS.—Además, para que lo sepas; no me pienso declarar a mi prima María.

REGENTE.—¿Por qué razón?

NICOLÁS.—Porque no me gusta. Es feísima.

REGENTE.—No es cierto. María es una chiquilla encantadora. Lo que te pasa es que estás decidido a llevarme la contraria en todo. ¿Y sabes por qué? Yo lo sé. Porque estás enfadado por la detención de Rokovski.

NICOLÁS.—¡Papá!

REGENTE.—Di...

NICOLÁS.—¿Qué ha pasado esta noche en Eslavia? Soy el Rey y tengo derecho a ser informado...

REGENTE.—Continúan las huelgas generales. No he tenido más remedio que ordenar nuevas detenciones...

NICOLÁS.—¿Más detenciones? Pero, papá, ¿te has vuelto loco?

REGENTE.—*(Fríamente)* Mira. Esta es la lista de los elementos revolucionarios que serán encarcelados en el día de hoy...

NICOLÁS.—¡Dámela! *(Toma el papel que le tiende el Regente y lo lee con avidez. De pronto)* ¡Ah!

REGENTE.—¿Qué ocurre? ¿Hay algún amigo tuyo?

NICOLÁS.—(*Devolviéndole la lista*) ¡Papá! El Rey no puede tener amigos políticos... Es anticonstitucional.

REGENTE.—¡Ah! Es verdad... (*Nicolás marcha hacia el fondo, bajo la mirada interrogante del Regente*) Por cierto: he ordenado que te compren otro mecano...

(*Nicolás se vuelve desde la puerta*)

NICOLÁS.—(*Desde la puerta*) No quiero más mecanos.

REGENTE.—¿De veras?

NICOLÁS.—Quiero un balón.

REGENTE.—¡Ah! (*Nicolás sale olímpicamente. El Regente se encoleriza*) ¡Maldición! ¡Quiere un balón! ¡Y el idiota del coronel Hoffman que no lo sabe!... ¡Le voy a arrestar!

JAIME.—No se preocupe Vuestra Alteza. El Rey tendrá un balón inmediatamente...

REGENTE.—¡Ah! Estaba usted ahí...

JAIME.—A las órdenes de Vuestra Alteza...

REGENTE.—Ya. (*Y marcha hacia la mesa, donde está servido el desayuno, con aire de preocupación*) ¿Por qué miraría la lista con tanto interés? Seguramente, entre los detenidos había alguno que le ha llamado la atención... (*Bebe un sorbo de café. Alza la cabeza*) Bien. Dejemos a un lado la vida privada y pasemos a los asuntos oficiales. (*Muy natural*) ¿Ha despachado usted a esa chica?

JAIME.—Todavía no, Alteza.

(*El Regente pega un respingo y se pone en pie*)

REGENTE.—¿Cómo?

JAIME.—No me he atrevido. No sabía...

REGENTE.—¿Quiere usted decir que todavía está ahí? ¿Sí? ¡Pero eso es inaudito! ¡Tiene que salir inmediatamente! ¡Que se vaya! ¡No quiero verla! Por lo menos, cierre esa puerta con llave...

JAIME.—Esta puerta no tiene llave, Alteza...

REGENTE.—¡Maldita sea!

(*Pega un puñetazo en la mesa y se vuelve a sentar*)

JAIME.—¿Debo entender, por lo oído, que Su Alteza no está contento con la señorita Morgan?

REGENTE.—¿Contento? ¡Brook, no se ponga usted en inglés, que no lo aguanto...!

JAIME.—¡Alteza!

REGENTE.—La noche ha resultado una catástrofe... Y todo por ella, ¿se entera usted? Primero, cuando yo actuaba normalmente, como se debe actuar en estos casos, como en una cuestión de trámite, la señorita Morgan parecía insobornable. Y, además... Bueno, no quiero acordarme. Después, cuando cambié de táctica y me mostré ante ella como un solitario desgraciado, como un pobre hombre, entonces, querido Brook, sucedió lo increíble... Esa chica se enamoró de mí...

JAIME.—Pero eso es maravilloso... ¡Qué poder de sugestión tiene Su Alteza!

REGENTE.—¿Sí, eh? No sea usted majadero, Brook. Cuando yo creía que estaba todo resuelto, entonces...

JAIME.—¿Qué?

REGENTE.—*(Indignadísimo)* Entonces... ¡Se durmió!

JAIME.—¡No!

REGENTE.—¡Sí! ¡Se durmió! Como un leño. Hasta roncaba un poquito...

JAIME.—¡Qué horror! ¡Qué falta de respeto para Su Alteza!

REGENTE.—Mi Alteza quedó en ridículo... Se durmió porque no pudo soportar cuatro o cinco vasos de vodka, que es lo que toman, con pan y leche, en mi país, las niñas de cuatro años para que les sirva de tónico...

JAIME.—¡Alteza! Lamento lo sucedido. En nombre del Ministerio de Negocios Extranjeros...

REGENTE.—¡Cállese! ¡Y pensar que Lucy Martín me ha estado llamando cada diez minutos. *(Muy decidido)* ¡Brook! Cite a Lucy Martín para esta noche.

JAIME.—Piense su Alteza que quizá esta noche Lucy Martín tenga otro compromiso. Porque Londres está lleno de monarcas extranjeros... Y como Lucy Martín tiene esa fama internacional...

REGENTE.—Lucy dejará por mí todo lo que tenga. Estoy segurísimo...

JAIME.—Entonces, a las órdenes de Vuestra Alteza. Me ocuparé de Lucy Martín y del balón.

(Jaime saluda rendidamente y sale por el fondo. Queda el Regente solo. Termina de tomarse el café, de un trago, y se levanta. Con mucho miedo mira a la puerta de la izquierda, marcha de puntillas hacia su alcoba, sin dejar de mirar a la puerta de la izquierda. Cuando ya va a penetrar en su alcoba, la puerta de

la alcoba de Mary se abre suavemente y Mary asoma su rostro pícaro y risueño, y llama bajito, alegremente)

MARY.—¡Chiss! ¡Amor mío!

(El Regente se detiene en seco, contrariadísimo)

REGENTE.—¡Oh! No hay remedio... *(Se queda mirando a Mary con indignación. Pero, luego, resignado, disimula y esboza una sonrisa)* ¡Je! Buenos días...

(Mary da unos pasos, se detiene en el centro del escenario y hace una gran reverencia)

MARY.—Buenos días, Alteza...

REGENTE.—¿Has descansado?

MARY.—Maravillosamente. He dormido horas y horas. Me he bañado en un baño de mármoles. Y soy la mujer más feliz del mundo...

REGENTE.—¡Cuánto me alegro!

MARY.—¿Y tú?

REGENTE.—¡Huy! Yo... Yo no he pegado ojo.

MARY.—Pero ¿eres feliz?

REGENTE.—¡Mucho!

MARY.—¿Estás contento?

REGENTE.—¡Una barbaridad! ¡Estoy contentísimo!...

MARY.—¡Oh, amor mío!

(Y muy decidida va hacia él con los brazos abiertos. El Regente, muy alarmado, huye hacia el fondo)

REGENTE.—¡No! Ahora, no...

MARY.—¡Ay! ¿Por qué?

REGENTE.—Puede entrar alguien. Ya es de día. Todo ha cambiado...

(Mary, que se ha detenido, se le queda mirando insistentemente)

MARY.—Oye, oye... ¿Sabes que pareces otro muy distinto del de anoche?

REGENTE.—¿Tú crees? *(Irónico)* Yo siempre soy el mismo, aunque parezca otro.

MARY.—Menos mal. *(Un suspiro)* Me habías asustado. Sería horrible que solo por la noche fueras el hombre más desdichado del mundo...

REGENTE.—Tranquilízate. (*Lúgubre*) Soy desgraciado a todas horas...

MARY.—¡Gracias a Dios!

REGENTE.—¡Je! ¿Te gusta?

MARY.—Me encanta. Porque yo te quiero por eso: porque eres desgraciado. Porque me necesitas. Porque, pobrecito príncipe durmiente mío, esperas mi beso de amor para volver a la vida... (*Sonríe*) ¿Te acuerdas?

REGENTE.—¡Je! ¿Todo eso dije, verdad?

MARY.—¡Anda! Y muchas cosas más...

REGENTE.—¡Vaya, vaya, vaya!...

(Y comienza a pasear con las manos a la espalda. Mary repara en la mesa con las viandas del desayuno)

MARY.—Oye, tengo hambre. ¿Puedo desayunar?

REGENTE.—No sé. Creo que no han traído servicio más que para mí...

MARY.—Mejor. Tomaré mi café en tu misma taza... (*Bebe*) ¡Huy! Está riquísimo.

REGENTE.—(*Impaciente*) Convendría que te dieras un poco de prisa... ¿Comprendes?

MARY.—No quiero. ¡Ea!

REGENTE.—¡Oh! ¡No quiere!

MARY.—¿Por qué es prisa? ¿Por qué desperdiciar los minutos de un día tan hermoso? Hoy, día de la coronación, año de 1911, me he despertado más romántica que nunca, más alegre que nunca, más enamorada que nunca. Déjame que viva este día gozando todas sus horas, todos sus minutos. Despacio, muy despacito, como si este día no fuera a volver, aunque tenemos tantos y tantos por delante... (*De pronto, transición*) ¡Alteza! No frunzas el ceño.

REGENTE.—¡Je!

(Mary se ha levantado. Corre hasta el Regente, que está sentado en un sillón en primer término; se arrodilla a sus pies, casi sentada en el suelo, y le toma una mano)

MARY.—¡Calla! ¿No era amor lo que tú querías? Pues aquí me tienes a mí... Has tenido suerte.

REGENTE.—(*Tragando saliva*) Verdaderamente...

MARY.—Por cierto: ¿qué pasó anoche?

REGENTE.—(*Se pone en pie, indignadísimo*) ¿Cómo? ¿Que qué pasó anoche?

MARY.—Sí, sí... Anoche.

REGENTE.—Pero ¿es que no lo sabes?

MARY.—¡Huy! Ni idea...

REGENTE.—Es increíble...

MARY.—Verás. Recuerdo que yo dije: «Me voy a enamorar de ti como una loca...».

Después, nada; el vacío. Cuando me desperté me encontré sola en esa cama maravillosa, entre sedas, encajes y pieles. Pero, entretanto, ¿qué pasó?

REGENTE.—¡Señorita! (*Con indomable orgullo*) Puedo asegurarle que si en ese tiempo hubiera ocurrido algo de particular, usted ahora lo recordaría perfectamente... ¡Pues no faltaba más!

(*Y pasea de aquí para allá, muy indignado*)

MARY.—Entonces, ya está: me emborraché.

REGENTE.—¡¡Sí!! Eso es...

MARY.—¡Qué horror! (*Se ríe*) Es lo que me pasa siempre que bebo un poquito...

A dormir.

REGENTE.—¡Qué originalidad!

MARY.—¡Pobrecito mío! ¡Pobrecito regente! ¡Qué chasqueado te quedarías!

Porque, aunque yo no tengo experiencia, me parece que para un hombre eso debe ser muy mortificante. (*Corre hasta él y se refugia en sus brazos. Esconde la cabeza en su pecho*) No importa, amor mío. Tenemos para nosotros, para querernos, toda una vida. Años, años y años. Muchísimos días...

(*El Regente la mira en silencio. Luego se desprende suavemente*)

REGENTE.—Sí... Hasta es posible que todo eso fuera muy hermoso; pero yo he de estar en Eslavia mañana.

MARY.—¿Mañana? ¡Dios mío! Entonces tendré que darme prisa. He de prepararlo todo: tengo que despedirme del teatro, hacer algunas compras...

REGENTE.—No me has entendido. He de volver a Eslavia... solo.

MARY.—¡Ah! Solo...

REGENTE.—Sí...

MARY.—Ya comprendo. (*Muy despacio, el Regente se aparta. Mary, sola, callada, marcha hacia el ventanal. Hay un silencio*) De todos modos, es muy bonito que aún nos queda para nosotros todo el día de hoy...

REGENTE.—Sí, claro. Pero es caso es, señorita Morgan...

MARY.—¿Por qué me llamas señorita Morgan? Anoche me llamabas Mary y amor...

REGENTE.—¡Ah, sí! Pues bien... amor. Hoy es para mí un día atareadísimo. Ya están preparando la carroza. Dentro de diez minutos he de salir para asistir a la

coronación. La ceremonia durará cinco horas. Después tengo una cita con el Primer Ministro. Luego he de hablar largamente con el Embajador de Francia, y a las seis y media tengo aquí una recepción de la colonia eslaviana. A las siete, estoy invitado en la Embajada Rusa. A las ocho, una comida con el Rey de Bulgaria, y a las diez, el baile de la coronación... (*Vencedor*) ¿Has oído? Me parece que ya no nos volveremos a ver...

MARY.—¡Quia! Yo tengo otro plan...

REGENTE.—(*Con alarma*) ¿Cómo?

MARY.—Escucha. Tú me acompañarás al teatro. Yo te presentaré a toda la compañía. Ya verás: son muy simpáticos y les vas a caer muy bien. Y luego, al terminar la función, tú y yo solos, muy juntitos, nos vamos a cenar con el Rey de Bulgaria. Después al baile de la coronación... ¡Y tan campantes!

REGENTE.—¡Je! Claro... Eso, eso sería muy divertido. ¡Qué más quisiera yo! Pero existe un protocolo...

MARY.—(*Derrumbándose*) ¡Oh! ¡El protocolo!...

REGENTE.—No puedes acompañarme ni a la comida del Rey de Bulgaria ni al baile de la coronación.

MARY.—(*Un silencio*) Bien. Paciencia... (*Transición. Tiene otra idea*) Oye. ¿Me permites, al menos...? Mira que lo que voy a pedirte es más fácil. ¿Me dejas que vaya contigo a la Abadía?... Yo ocupo muy poco sitio. Yo en un rinconcito me arreglo...

REGENTE.—(*Seco. Firme*) Es absolutamente imposible. ¿Me entiendes de una vez?

(Mary se le queda mirando y luego baja la cabeza con desconsuelo)

MARY.—Sí... Ya entiendo. No quieres volver a verme. Y es natural. Todo era mentira. Yo solo he sido para ti una aventura. ¡Qué pena!

(Un silencio)

REGENTE.—Creo... Creo que debemos despedirnos.

MARY.—¡No! Por favor... Todavía no. Me gustaría decirte adiós en el último minuto. Cuando el príncipe suba a su carroza. Será más bonito para recordarlo...

REGENTE.—(*Un silencio*) Está bien... A tu gusto. Vuelvo enseguida.

(Con paso rápido, sale el Regente por la puerta de la derecha. Queda Mary sola. Con la cabeza baja, pensativa. Lentamente, se dirige hacia la puerta de la izquierda, pero antes de que haga

mutis, se abre la puerta del fondo y asoma, cautelosa, la cabeza de Nicolás)

NICOLÁS.—¡Chiss! ¡Señorita Morgan!

MARY.—¡Ay! ¡Majestad!

NICOLÁS.—¡Chiss! ¡Que no la oigan! ¡Que nadie sepa que estoy aquí! (*Y avanza, mirando a todos lados, con gran recelo*) ¿Dónde está el tirano?

MARY.—¿Quién?

NICOLÁS.—Mi padre.

MARY.—Ahí. En su cuarto.

NICOLÁS.—¡Chiss! ¡Hable bajo! (*Avanza, siempre mirando a un lado y a otro*) ¡Señorita Morgan!

MARY.—(*Muy bajo. Muy impresionada*) ¿Qué?

NICOLÁS.—¿Tendría inconveniente en prestar su ayuda a la causa de la Humanidad?

MARY.—¿Cómo?

NICOLÁS.—Quiero decir que si está usted dispuesta a hacerme un favor...

MARY.—¿Yo? Claro que sí... Con mucho gusto.

NICOLÁS.—Bien. En ese caso, ¿quiere llamar por teléfono a este número?

(Y le tiende un papelito, que Mary toma impresionadísima)

MARY.—Pero, Majestad. Yo...

(El Rey se la queda mirando de hito en hito. Conminador)

NICOLÁS.—¡Por la libertad!

MARY.—¡Ah! Entonces... (*Y muy decidida, va al teléfono y marca un número*) ¡Oiga! Póngame con el 245..., por favor. (*Se vuelve al Rey*) ¿Está bien así?

NICOLÁS.—Sí. Ahora pregunte si está el Embajador...

MARY.—¡Oiga! ¿Está el señor Embajador? ¿Sí? ¿Cómo está usted? Yo soy Mary Morgan, de la compañía de revistas del teatro de París. Mucho gusto. ¿Cómo? ¿Que por qué le llamo? Pues por la humanidad, por la libertad y por todo eso. Pero quien quiere hablar con el Embajador es el Rey de Eslavia...

NICOLÁS.—¡Calle! ¿Por qué ha dado usted tantas explicaciones? ¿No sabe que estamos rodeados de espías por todas partes?

MARY.—¡Espías!!

NICOLÁS.—¡Sí! En realidad, todos somos espías...

MARY.—¡Ay, Dios mío! ¿Yo también?

(Y, asustadísima, le tiende el teléfono. Nicolás habla por el auricular)

NICOLÁS.—¡Sí! Oiga... Euer excellenz. Ich werde stadigt bechach tet. Sie sin Einzige durch den ich eine. Nachricht senden kann. Dies ist an General Rokosky weiterzuli tan chach tet. Sie sin Einzige durch den ich eine. Nachricht senden kann. Dies ist an General Rokosky weiterzuli tan «in Anbertracht derlezten. Entwicklungen fallt die Enstschei-dung auf Datum eins». Jawoll. Auf Wiedershem... Adiós. *(Cuelga el auricular silenciosamente. Se queda mirando a Mary de un modo enigmático. Se pone un dedo en los labios)* ¡Chiss! *(Y casi de puntillas va hacia el fondo. Cuando llega a la puerta se vuelve y dice, solemnemente)* Nunca olvidaré su ayuda, señorita Morgan. Cuando suba al trono le daré una condecoración. ¿Cuál prefiere?

MARY.—Una pequeñita. Cualquier cosa.

NICOLÁS.—Bien... Lo tendré en cuenta. Y no se vaya. En esta casa puede usted hacer muchísima falta.

MARY.—¿De veras?

NICOLÁS.—¡Sí! ¡Señorita Morgan! ¡Viva Eslavia!

MARY.—¡Viva!

NICOLÁS.—¡Chiss!

(Y sale. Cuando ha desaparecido, Mary, que está impresionadísima, abre y cierra los ojos muy aprisa. Luego, rapidísima, se lanza al teléfono)

MARY.—¡Oiga! ¡Oiga! Póngame con el 937. ¡Oiga! ¡Lulú! ¿Eres tú? ¡Querida Lulú! ¿Y Mimí? ¿Y Catalina? ¿Y Adelaida? ¿Sí? ¿Estáis todas? Pues escuchad: ¡Soy espía! ¡Que sí, que sí! ¡Espía! ¡Ay, hija mía, pues porque es muy difícil estar entre príncipes y reyes y duquesas y no ser espía! Como lo oyes... ¡Lulú! Cuéntalo en el teatro. Dile a todo el mundo que soy espía...

(Surge en el fondo Jaime Brook, muy apresurado)

JAIME.—¡Chiss! ¡Señorita Morgan!...

MARY.—¡Ay! ¿Qué?

JAIME.—¡Dese prisa! Ya lo tengo todo dispuesto para que salga usted sin llamar la atención. En la puerta de servicio hay un coche de alquiler esperando. Vamos, póngase el abrigo. No hay tiempo que perder...

MARY.—*(Muy decidida)* ¡Ah, no!

JAIME.—¿Cómo?

MARY.—¡De ninguna manera! Yo no me marchó. ¡Con la falta que hago aquí ahora!...

JAIME.—Pero, señorita...

MARY.—¡He dicho que no, y no! ¡Ea!

JAIME.—¡Oh!

(Se abre de par en par, empujada por manos vigorosas, la puerta del fondo y surge la Gran Duquesa, magníficamente vestida de ceremonia)

DUQUESA.—¡Oh! Aquí está. Buenos días, hijita. Temí que se hubiera usted marchado sin darme tiempo a decirle lo muy, muy agradecidos que estamos por su visita... *(De pronto, repara en Jaime y tiene un sobresalto)* ¡Jesús! ¿Quién es este sujeto?

(Jaime se inclina profundamente)

JAIME.—Alteza...

DUQUESA.—*(Mirándole con los impertinentes)* ¿Cuándo he visto yo esa cara?

JAIME.—Ayer, Alteza. Y todos los días desde hace una semana...

DUQUESA.—*(En su mundo)* Justo. En Viena... Nos conocimos en Viena hace diez años, en una fiesta del Emperador. ¡Ah! Yo soy muy buena fisonomista. No me equivoco nunca... Ven aquí, hijito. Siéntate a mi lado y hablemos de los buenos tiempos de Viena. ¡Qué felices éramos entonces! ¿Te acuerdas? Viena ya no es lo que era. ¡Ca! ¡Ni muchísimo menos! Todo está hecho una porquería... *(Transición)* Oye. No te estés ahí como un pasmado y dame un cigarrillo...

JAIME.—Sí, Alteza...

DUQUESA.—Gracias, hijo. No sé por qué, pero siempre que tengo un disgusto necesito fumar... Y la verdad es que hoy estoy muy... muy disgustada.

JAIME.—¿Puedo ayudar en algo a Su alteza?

DUQUESA.—No, no me duele nada. Lo que pasa es que la tonta de Carolina, mi dama de compañía, se ha puesto enferma. Lo de siempre: un catarro. Yo no sé cómo le voy a quitar esa manía. Anoche, mientras me leía «La vida de un asesino», empezó a estornudar sin ningún miramiento. Yo, para aliviarla, le di dos pildoritas de las mías... Una amarilla y otra negra. A cualquier otra que no fuera Carolina se la hubiera quitado el catarro en el acto. Pues ella nada, tan tozuda: tose que te tose. Y lo peor es que ha venido el médico y

dice que yo me he equivocado de píldoras, y que si una píldora es contraria a la otra, y que si qué sé yo. Total, que Carolina no se ha podido levantar de la cama, y no hace más que toser y suspirar y llorar, y tiene náuseas muy, muy repugnantes. ¡Tonterías! Pero el caso es que yo me encuentro sin dama de compañía para ir a la Abadía, y no sé cómo voy a resolver el problema. (*Se vuelve a Mary, muy confidencial*) Je ne sais pas pourquoi, mais les maladies des autres m'embetent toujours, surtout si elles sont imaginaires, como celles de Carolina. Vous trouves ça aussi?

(*Mary tiene casi un estremecimiento. Muy apurada*)

MARY.—¡Ay, Dios mío! ¿Qué me está diciendo?

DUQUESA.—¿Cómo?

JAIME.—Alteza. Creo que la señorita Morgan no habla francés...

DUQUESA.—¿Que no habla francés? Hijo, ¡no digas simplezas! ¿Cómo no ha de hablar francés una actriz dramática que trabaja en París con Sarah Bernhardt? (*Sonríe*) N'est ce pas, ma petite? Je suis sure que vous parlez le française mieux qu'une française, et sur tout d'une voix d'or.

MARY.—Bueno. Por mí...

DUQUESA.—¡Bravo! ¡Qué chica esta! (*La Duquesa se echa a reír de la mejor gana. De pronto se queda muy seria, mirando a Mary, como si hubiera tenido una idea repentina*) ¡Calla!

MARY.—¡Alteza!

DUQUESA.—¡Pero cómo no se me ha ocurrido antes!... A ver, da unos pasos hacia allá.

MARY.—Pero...

DUQUESA.—¡Te digo que andes! (*Mary, muy impresionada, da unos pasos hacia el fondo*) Un poco despacio... Eso es. ¡Es fantástico, sencillamente fantástico! ¡Muchacho!

JAIME.—¡Alteza!

DUQUESA.—Vete a mis habitaciones y dile a mi doncella que traiga la capa y el velo de Carolina. ¡Ah! Y mis joyas, que traiga mis joyas...

JAIME.—Sí, Alteza...

(*Sale Jaime por el fondo*)

DUQUESA.—¿En qué estaba yo pensando? ¡Ah, sí! En la coronación. ¡Qué hermoso espectáculo el que ofrece Londres con las calles llenas de entusiastas de la monarquía! ¡Es prodigioso! La última coronación a que asistí fue en

Besarabia,⁷ ¡y no quieras saber! Las calles estaban desiertas. Solo había un sujeto en cada esquina pegando tiros. Y delante de la comitiva iban unos muchachitos poniendo bombas. Luego, en la iglesia, los coros, que se habían puesto muy nerviosos con lo de las bombas, cantaron fatal... A mí, aquello no me gustó nada, la verdad. *(Aparece en el fondo La Doncella de la Duquesa con una gran capa de ceremonia y un espléndido velo. La sigue Jaime, que lleva el joyero real)* ¡Ah! Dame eso, querido...

JAIME.—Sí, Alteza.

(La Duquesa abre el joyero y saca un gran collar de perlas. Con él se acerca a Mary)

DUQUESA.—Ven aquí, hijita.

MARY.—Pero, Alteza...

DUQUESA.—*(Ya le ha puesto el collar)* Justo. Es perfecto. Es lo que te estaba haciendo falta...

MARY.—¡Ay, Dios mío! ¿Es que está jugando?

DUQUESA.—¿Qué dices?

JAIME.—La señorita Morgan pregunta...

DUQUESA.—¡Cállate tú! ¡Siempre te metes en lo que no te importa! *(Muy satisfecha)* Ahora, la diadema... ¡Oh! ¡Qué encanto! ¡Qué majestad! Vas a llamar la atención... Loty, dame esa capa.

DONCELLA.—Sí, Alteza.

DUQUESA.—Y ayúdame... ¡No seas pánfila!

DONCELLA.—No, Alteza.

(Y entre la Duquesa y su Doncella colocan sobre los hombros de Mary la gran capa de ceremonia. Mary está asustadísima)

MARY.—¡Míster Brook, por favor!... Yo no puedo más...

JAIME.—Silencio, por favor.

MARY.—Yo me quiero marchar. ¿Dice usted que hay un coche?

JAIME.—¡Cállese!

7 Besarabia es una región del sureste de Europa central, situada entre los ríos Pruth, Dniéster y el Mar Negro. Formó parte del Imperio Otomano (desde 1503), de Rusia (desde 1812), de Rumanía (desde 1920) y de la URSS (desde 1944). En el momento en que transcurre la acción de la obra, por tanto, formaba parte del Imperio ruso y estaba considerada como un principado.

(La Duquesa se ha apartado. Ahora, desde lejos, contempla su obra con mucha satisfacción)

DUQUESA.—¡Es fabuloso!... ¡Qué porte! ¡Qué arrogancia! ¡Como que ya quisiera la tonta de Carolina! Loty, ponle el velo...

DONCELLA.—Sí, Alteza...

(Se acerca a Mary y le pone el velo)

DUQUESA.—Así... No la toques más.

MARY.—¡Ay, madre mía!

DUQUESA.—Ahora, hijita, mírate en ese espejo...

(Mary se vuelve y se contempla a sí misma en el gran espejo de la izquierda. Se queda deslumbrada de su propia transformación. Sonríe. Casi conmovida)

MARY.—¡Oh, Dios mío! ¡Si no parezco yo!...

DUQUESA.—Y ahora dime, pequeña: ¿qué te parece mi dama de compañía?

(Mary gira sobre sí misma, sobresaltadísima)

MARY.—¿Qué? ¿Qué ha dicho Vuestra Alteza?

DUQUESA.—Lo que has oído. Que me acompañarás a la Abadía y asistirás a la coronación en el puesto de Carolina. Ni más, ni menos.

MARY.—¡Pero eso no puede ser!... ¡Me detendrá la Policía!

DUQUESA.—*(Indignadísima)* ¿Qué estás diciendo? ¡Detener a mi dama de compañía! ¡Inglaterra pondrá mucho cuidado en lo que hace!...

MARY.—¡Oh! ¡ES maravilloso, Dios mío, maravilloso!...

(Surge el Regente por la derecha, ya vestido de uniforme, con condecoraciones)

REGENTE.—¡Ea! Ya estoy listo. En marcha... *(Al ver a Mary se queda estupefacto y casi no puede hablar)* ¿Qué? ¿Qué es esto? ¿Qué quiere decir?

DUQUESA.—Querido... Te presento a mi nueva dama de compañía: la señorita Morgan. Vendrá con nosotros a la Abadía y a todo lo demás...

REGENTE.—¿Cómo? ¿Qué dices? ¡A la Abadía!...

DUQUESA.—¡Ah! Además, te ruego que le des las gracias a la señorita Morgan. La verdad es que no ha puesto ningún inconveniente...

MARY.—(*Encantada*) Nada, nada. Por mí...

REGENTE.—¡Conque a la Abadía!... (*Conteniéndose*) ¡Brook! ¿Qué es esto?

JAIME.—¡Alteza! No he podido evitarlo...

DUQUESA.—¡Ah! Ahora caigo. Falta un detalle. Mi dama de compañía necesita una condecoración...

REGENTE.—¿Una condecoración?

DUQUESA.—Mira... En ese cajón me parece que hay una.

REGENTE.—No puede ser. Esa condecoración está para preparada para el Primer Ministro del Gobierno inglés.

DUQUESA.—¡Qué tontería! Dale otra cosa a ese buen señor... Ya se hará cargo. (*Mientras, la Duquesa ha abierto el cajón, saca un estuche y del estuche una gran banda azul celeste*) Toma. Pónsela...

REGENTE.—(*Conteniéndose*) Está bien. (*Con mucha gravedad, va hacia Mary*) Arrodílese, señorita Morgan...

MARY.—Sí, Alteza.

REGENTE.—Por la presente, quedáis investida con la Orden Eslava del Águila Real.

MARY.—¡Oh, Alteza! ¡Estoy emocionada!...

REGENTE.—(*Furioso*) ¡Arriba!

MARY.—¡Ay!

DUQUESA.—Bien: y ahora, en marcha. Todos a la Abadía. (*A Jaime*) ¡Muchacho! Acompaña a la señorita Morgan hasta la carroza...

JAIME.—Sí, Alteza.

DUQUESA.—Vamos, querido.

REGENTE.—Vamos.

(El Regente dirige colérica mirada a Mary. Ella se inclina profundamente con una sonrisa. El Regente le vuelve la espalda, va hacia su mujer y le ofrece el brazo. Así marchan hacia el fondo. En silencio, Jaime va hacia Mary y le ofrece su brazo. Las dos parejas marchan hacia el fondo. Mary, satisfechísima)

MARY.—¡Ay! ¿No le dije a usted que yo en esta casa hago mucha falta?

TELÓN

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

El mismo decorado del acto anterior. Por la tarde del mismo día.

(En escena, la Gran Duquesa y Mary. Ambas visten todavía los trajes que llevaban en el cuadro anterior. La Gran Duquesa, entre almohadones, en el gran sofá. Mary, próxima a ella, sentada en una banqueta, lee un libro en voz alta. La Gran Duquesa, atentísima, sigue la lectura de Mary casi en vilo, con la más palpitante emoción)

MARY.—*(Leyendo)* «Elisa cayó, lanzada por los brazos robustos del malvado Tomy, sobre un montón de paja. Una mano asesina le tapó la boca y otra mano le sujetó férreamente la cintura, impidiéndole todo movimiento... Elisa estaba perdida».⁸

DUQUESA.—¡Jesús! ¡Pobre criatura! ¡¡Sigue!!

MARY.—«Tomy, gozándose anticipadamente de su triunfo, sonreía, sonreía...».

DUQUESA.—¡¡Canalla!! ¡Sigue! ¡No te pares!

MARY.—¡Pero si no me paro!... *(Sigue leyendo)* «... sonreía, sonreía. De sus dientes se escapó un crujido y algo como un estertor de gozo salió de su fétida garganta. Los bellos ojos de Elisa, aterrorizados, se clavaron suplicantes en las vigas del pajar... Su mirada era una muda imploración a la Providencia. Porque Elisa, la huérfana, conocía su destino. Primero sería presa de los apetitos del sátiro, y después, la muerte...».

DUQUESA.—¡No! Eso, no... Hay que hacer algo.

MARY.—«La muerte, sí, asfixiada entre aquellos brazos monstruosos, que oprimían y oprimían...».

DUQUESA.—¡¡Calla!! ¡Pobrecita! ¡Pobrecita Elisa! *(Transición)* ¡Señorita Morgan! Si esta infortunada Elisa es presa de los apetitos del sátiro y después muere, yo no quiero saber nada más...

MARY.—*(Hojeando el libro)* Tranquilícese Vuestra Alteza. Elisa se casa con Roberto.

DUQUESA.—¡Gracias a Dios! Entonces, léeme el final...

⁸ En 1911 la novela gótica de terror, género al que parecen adscribirse las novelas que lee la Duquesa, era ya un género trasnochado.

MARY.—Sí, Alteza. (*Leyendo*) «Era una hermosa mañana de primavera. Los cañaverales del río se inclinaban grácilmente, impulsados por el vientecillo...». (*En este momento, por la derecha, surge el Regente. Viste un nuevo uniforme, tan deslumbrante como el anterior. Mary deja de leer y se queda mirándole, embelesada. Luego, muy despacito, se pone en pie y saluda rendidamente*) ¡Oh! Alteza...

REGENTE.—(*Irónico*) ¿Estorbo?

DUQUESA.—¡Adelante, querido! Te encuentro muy arrogante. ¿Sabes que estoy encantada con la señorita Morgan? Jamás, jamás he tenido una señorita de compañía como ella. ¡Cómo lee!... Pone tal pasión en el texto, que no puede negar que es una maravillosa actriz dramática. Y luego... tan culta. Conoce todos los autores franceses. Pregúntale, pregúntale por el que quieras y verás cómo contesta: «Oui». ¡Oh, es encantadora! ¡Y qué bonita estaba en la Abadía! (*Transición*) Querida, dame un beso...

MARY.—Sí, Alteza...

DUQUESA.—Anda... Dale otro al Regente.

MARY.—(*Encantada*) Voy...

REGENTE.—¡No! No es necesario. (*Marcha hacia el fondo y luego se vuelve hacia su mujer*) En este momento, en los salones de la planta baja, nuestro ministro Procopieff está dando una recepción, a la que asisten los Archidukes Fernando y Luisa y su hija María... Creo que deberías atender personalmente a huéspedes tan insignes.

DUQUESA.—¡Imposible! No los soporto. La niña es estúpida. Y siempre que veo a la madre, siento unas terribles tentaciones de estropearle el peinado...

REGENTE.—¡Ejem!... Te he dicho más de una vez que mi deseo es casar a Nicolás con la hija del Archiduque.

DUQUESA.—¡Ah! Entonces bajaré a cumplir con mi deber. Después de todo, no se puede negar que esa chiquilla es deliciosa...

REGENTE.—Espera. Será mejor que los reciba aquí. Diré a Nicolás que venga.

(*Y marcha otra vez hacia el fondo*)

DUQUESA.—¡Ah! Me olvidaba de darte una noticia. He invitado a la señorita Morgan a pasar una larga temporada con nosotros en Eslavia...

REGENTE.—(*Mirando a Mary severamente*) ¡Ah! ¿Sí? Me alegro. Me alegro mucho. Lo triste es que la señorita Morgan tendrá que marchar inmediatamente al teatro... Va a empezar la función dentro de media hora.

(*Y sale. La Duquesa se vuelve a Mary muy sorprendida*)

DUQUESA.—Oye. ¿Es cierto que hoy también trabajas en el teatro?

MARY.—Todos los días, Alteza.

DUQUESA.—¡Qué pesadez! Debe de ser terriblemente cansado. Porque yo también he trabajado en el teatro... Pero una vez nada más.

MARY.—¿Vuestra Alteza?

DUQUESA.—Sí, hijita. Fue a beneficio de una institución de caridad. ¡Hermosa fiesta! Hicimos una obrita, en dos actos, muy graciosa, que se llamaba..., ¿cómo se llamaba? ¡Ah! ¡Sí! «El Rey Lear». A mitad de la representación se me olvidó todo, pero todo lo que tenía que decir... Menos mal que el Príncipe de Lichtestein-Lippe dijo lo mío, y la función quedó muy bien. Porque como el público era alemán y nosotros trabajábamos en inglés, daba igual que uno dijera lo del otro. No se notaba nada. *(Transición)* Oye. ¿Y en qué obra trabajas hoy?

MARY.—*(Un suspiro)* En «El coco del Sur».

DUQUESA.—¡Ah! De Sardou,⁹ como si lo viera. De todos modos, querida, todavía tienes media hora, y no voy a permitir que te vayas hasta el último minuto...

(Se abre la puerta del fondo y surge el Mayordomo)

MAYORDOMO.—Su Alteza Real la Archiduquesa de Stiria. Su Alteza Real la Princesa María.

DUQUESA.—¡Jesús! Ya están aquí... ¡Dios nos coja confesados! *(Por el fondo surge la Archiduquesa, seguida de María. Esta es una adolescente de unos quince años)* ¡Mi querida Luisa! ¡Cómo me alegra verte! ¡Estás magnífica!

ARCHIDUQUESA.—Pues tú no. Te encuentro un poco estropeada...

(La Duquesa se vuelve rápidamente hacia Mary)

DUQUESA.—¿Qué ha dicho?

MARY.—Dice que Vuestra Alteza tiene muy buen aspecto.

DUQUESA.—¡Ah! Eres muy amable, querida. Y tú, pequeña, ¿me das un beso? Dime: ¿te gusta Londres, hijita?

MARÍA.—¡Paparruchas!... A mí, me da igual.

DUQUESA.—¿Cómo? ¿Qué dice?

⁹ Victorien Sardou (París, 1831-1908): dramaturgo francés, compuso varias piezas para Sarah Bernhardt. Junto con Eugène Scribe, Eugène Labiche, Emile Augier y Dumas hijo, es uno de los artífices del género conocido como "pieza bien hecha", es decir, piezas creadas con oficio y carpintería teatral.

MARY.—No he oído bien...

DUQUESA.—¡Ah! Permíteme que te presente a mi amiga, la señorita Morgan. Ya sabes: es la gran actriz que tanto habrás oído nombrar...

(La Archiduquesa se vuelve hacia Mary y la mira de arriba a abajo, muy impresionada)

ARCHIDUQUESA.—¡Ah! Concha Morgan, la española...

MARY.—Mary Morgan, Alteza. Americana.

ARCHIDUQUESA.—Justo. Esa es. La vi a usted trabajar hace muchos años, en Roma...

DUQUESA.—Sería en una obra de Sardou. Porque la señorita Morgan no trabaja más que en las obras del señor Sardou... Por favor, siéntate, querida. Y tú, nenita...

MARÍA.—No quiero.

DUQUESA.—¿Qué dice?

ARCHIDUQUESA.—Que no quiere. Es que esta niña es muy suya.

DUQUESA.—Bien... ¿Cómo está tu marido?

ARCHIDUQUESA.—*(Satisfechísima)* ¡Oh! Cada día más encantador... Es un hombre fantástico. No hay otro como él.

DUQUESA.—*(Algo molesta)* Mujer... Tanto como eso...

ARCHIDUQUESA.—Las mujeres se lo rifan... No quieras saber cómo me engaña.

DUQUESA.—Bueno, bueno... También a mí me engaña mi marido.

ARCHIDUQUESA.—Sí... Pero no tanto. No hay comparación.

DUQUESA.—Bueno... eso, te diré...

ARCHIDUQUESA.—Ahora mismo, desde que llegamos a Londres no se separa de esa..., ¿cómo se llama? Lucy Martín.

MARY.—¡Ay! ¡La muy...!

ARCHIDUQUESA.—Y a mí me parece muy natural. Porque como Fernando tiene ese ingenio, y esa simpatía, y esa gracia... Las vuelve locas. Mira: hace unas noches, estábamos cenando en un restaurante de París, y Fernando, porque sí, porque tiene esos golpes, estaba comiendo con el sombrero de copa puesto...

DUQUESA.—¿De veras?

ARCHIDUQUESA.—Sí, sí... Como lo oyes. Entonces, el maître se acercó y le dijo: «¿Quiere darme el sombrero Vuestra Alteza Real?» Y va Fernando y...

(Se echa a reír con toda su alma, llena de orgullo)

DUQUESA.—¿Qué?

ARCHIDUQUESA.—... y va Fernando y echa la sopa dentro del sombrero y le dice al *maître*: «Tome. Guárdelo en un sitio seco».

DUQUESA.—(Atónita) ¡Qué bruto!

ARCHIDUQUESA.—(Muerta de risa) ¿Te das cuenta? ¿Eh? ¿Te das cuenta? ¡Te digo que no hay otro como él!...

DUQUESA.—Lo creo, hijita, lo creo...

(Se abre la puerta del fondo, y el Mayordomo anuncia)

MAYORDOMO.—¡Su Majestad!

(Todos se ponen en pie. Aparece Nicolás. De uniforme y condecoraciones. Sale el Mayordomo)

NICOLÁS.—¿Cómo te encuentras, tía?

ARCHIDUQUESA.—Muy bien, querido. ¿Y tú?

NICOLÁS.—Estás muy bonita, querida prima...

MARÍA.—¡Paparruchas!... Yo no soy bonita.

ARCHIDUQUESA.—¡Niña!

DUQUESA.—¡Je! No se puede negar que esta criatura es encantadora. Bien, hijo mío: sé que estás muy, muy impaciente por estar a solas con tu prima. Y, por otra parte, no quiero que tu tía se prive de asistir a la recepción de nuestro Ministro. De modo que la Archiduquesa y yo os dejamos... Os acompañará la señorita Morgan, que tiene toda mi confianza.

MARY.—Pero, Alteza, tengo que irme... El teatro...

DUQUESA.—¿Qué dices?

MARY.—No, nada.

DUQUESA.—Creí... (Toma a la Archiduquesa del brazo y, juntas, marchan hacia el fondo) Verdaderamente, tienes un marido fascinante. Lo que me has contado de la sopa es definitivo.

ARCHIDUQUESA.—¡Huy! Pues ya te contaré más cosas... Una vez se presentó en la Embajada Servia con barba postiza, y todos le tomaron por anarquista. ¡Figúrate! El pobre Embajador casi se muere del susto...

(Salen la Gran Duquesa y la Archiduquesa por el fondo. Quedan en escena Mary, Nicolás y María. Hay un silencio)

NICOLÁS.—Por favor... Siéntese.

MARÍA.—No quiero... Estoy bien de pie.

NICOLÁS.—¡Je! Bueno. (*Otro silencio*) Oye: ¿quieres que hablemos en francés o en inglés?

MARÍA.—¡Paparruchas!...

NICOLÁS.—¿Qué?

MARÍA.—Me da igual. Yo hablo siete idiomas.

NICOLÁS.—¡Qué lista eres! (*Erguido*) Pero yo hablo ocho.

MARÍA.—¡Anda! Porque tú cuentas el eslaviano...

NICOLÁS.—¡Claro!

MARÍA.—Pues ese no vale... El eslaviano es un dialecto.

NICOLÁS.—¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Que el eslaviano es un dialecto? ¿Ha oído usted?

(*Mary, entre los dos, interviene conciliadora*)

MARY.—Majestad... Por favor. Es que la Princesa es muy suya...

NICOLÁS.—Está bien. (*Mira a la muchacha. Luego, conteniéndose, poco a poco, logra adoptar otra vez su primitiva galante actitud*) ¿Vas esta noche al baile?

MARÍA.—No me interesa. Bailar es una estupidez.

NICOLÁS.—¡Je! (*Se calla. Bravo*) Yo, en Eslavia, voy a todos los bailes...

MARÍA.—(*Angelical*) ¡Ay! Pero ¿hay bailes en Eslavia?

NICOLÁS.—¿Cómo? ¿Qué dice?

MARY.—¡Por Dios..., Majestad!

MARÍA.—Yo creía que en Eslavia el único baile que había era ese que consiste en dar muchos saltos y muchas palmadas en las rodillas, y muchos taconazos en el suelo, que parece que todos los que bailan se han vuelto tontos...

NICOLÁS.—¿Ha dicho tonto? ¡La voy a...!

(*Y avanza hacia María muy decidido. Mary le detiene de un brazo*)

MARY.—¡No!

NICOLÁS.—¡Oh!

(*María, indiferente a todo, se ha sentado tranquilamente en el sofá. Abre una revista*)

MARY.—Oye. Me he sentado sin tu permiso; pero yo creo que da igual...

(Nicolás está junto a Mary. Mira a la Princesa con enorme indignación, y luego se vuelve hacia Mary. En voz muy baja)

NICOLÁS.—¿Le parece a usted que me declare?

MARY.—Creo que este es el momento...

NICOLÁS.—Voy. *(Nicolás se yergue, se arranca, va junto a María y se sienta a su lado, en el sofá. Muy solemne. Todo lo solemne que puede)* Mi querida María. En este momento trascendental de nuestras vidas...

MARÍA.—*(Sin mirarle)* ¡Huy! ¡Paparruchas!...

NICOLÁS.—*(Desconcertadísimo)* ¿Cómo?

MARÍA.—Mira, rico, no hace falta que me digas lo que vas a decirme. Yo le diré a mi madre que me lo has dicho. Y tú le dices a tu padre que te he dicho que sí... ¿De acuerdo?

NICOLÁS.—*(En pie, furioso)* ¡Sí! ¡De acuerdo!

MARÍA.—¡Lo que me voy a divertir en Eslovenia!... ¡Ja, ja!

NICOLÁS.—¡Oh! *(Nicolás se aparta y va junto a Mary)* ¿Ha oído usted?

MARY.—Sí, Majestad...

NICOLÁS.—¡Le juro que cuando nos casemos me las pagará todas juntas!...

(Nicolás se sienta junto a Mary, a la izquierda. Los dos miran a la Princesa y luego se miran entre sí. Un silencio. Luego, Nicolás, mirando a la Princesa otra vez casi con miedo, se vuelve hacia Mary, confidencial. Los dos hablan bajito)

NICOLÁS.—Oiga. ¿Le gustó la coronación?

MARY.—¡Oh! Ha sido un espectáculo inolvidable...

NICOLÁS.—¿Vendrá usted a la mía?

MARY.—¡Huy! Me gustaría. Lo triste es que en ese día vuestro padre estará encerrado en un calabozo...

NICOLÁS.—¡Je! ¡Qué graciosa es usted!

MARY.—¡No es una gracia, Majestad! Es que me acuerdo de la conversación que tuvo usted por teléfono esta mañana con el Embajador alemán... Yo hablo también el alemán. Mis padres eran alemanes.

NICOLÁS.—*(Boquiabierto)* ¡Ah!

(La Princesa, toda indiferencia)

MARÍA.—¿De qué estáis hablando?

NICOLÁS.—¡Pch! Cosas nuestras... La señorita Morgan me decía cómo es el pueblo donde nació.

MARÍA.—¡Ay! Entonces, no me interesa nada.

MARY.—(*Furiosa*) ¡Oiga usted!...

NICOLÁS.—¡Quieta!

(Mary se contiene. Un silencio, como antes)

NICOLÁS.—Si usted entiende el alemán, dígame qué es lo que hablé con el Embajador... Ande, dígalo.

MARY.—Dijo Vuestra majestad que era necesario dar el mando a Rokovski...

NICOLÁS.—Ya. (*Más bajito*) ¿Se lo ha dicho usted a mi padre?

MARY.—No...

NICOLÁS.—¿Y por qué no se lo ha dicho?

MARY.—Porque no quiero que el que vaya a un calabozo sea Vuestra Majestad...

NICOLÁS.—¡Ah!

(María se levanta y, con su revista en las manos, se dirige a la puerta de la izquierda. Antes de salir se vuelve)

MARÍA.—¿Puedo entrar en esta habitación?

NICOLÁS.—¡Claro!

MARÍA.—Es que no soporto que hablen cuando estoy leyendo. No me puedo concentrar. Y como hay gente tan mal educada...

(Y sale. El Rey se levanta, furioso)

NICOLÁS.—¡Imbécil!

MARY.—(*Ríe*) ¡Oh, Majestad!

NICOLÁS.—¡La odio!...

MARY.—¡Majestad!...

(Y ríen los dos. Luego se miran)

NICOLÁS.—¡Señorita Morgan!

MARY.—¿Qué?

NICOLÁS.—Le agradezco mucho que no me haya delatado a papá...

MARY.—Pero pongo una condición para seguir guardando silencio. Me tenéis que dar vuestra real palabra de que no intentaréis hacerle ningún mal al Regente...

NICOLÁS.—(*Ceñudo*) Bueno. Eso...

MARY.—¿Qué?

NICOLÁS.—Si se acomoda a la nueva situación, podrá permanecer en el país, con todos sus honores y derechos. Si no, tendrá que vivir en el extranjero. Desterrado, ¿sabe?

MARY.—¡Dios mío! (*Mirándole, con muchísima pena*) Pero, Nicolás... ¿Y eres tú quien habla así? ¡Su hijo! (*Transición*) ¡Oh, perdón, Majestad! No sé estar entre reyes. Soy una pobre americana...

NICOLÁS.—(*Francoamente sorprendido*) Es curioso. Los americanos sienten por los padres una verdadera adoración. No lo entiendo. Porque para mí, el hecho de que el Regente sea mi padre, no tiene ninguna importancia. Es mi enemigo político. Y como estoy seguro de que su Gobierno puede precipitar mi país a la guerra...

MARY.—¡Eso no es verdad! Eso es lo que dice el Emperador Guillermo...

NICOLÁS.—(*Sorprendido*) Pero, señorita...

MARY.—(*Apasionadamente*) El Regente tampoco quiere la guerra. ¡Qué sabe Vuestra Majestad! ¡Vuestra Majestad es un niño!

NICOLÁS.—¡Señorita Morgan! (*Muy bravo*) ¿Un niño, yo?

MARY.—¡Sí! Un niño. Un niño revoltoso y malo...

(Un silencio. Mary está furiosa. Nicolás también. Pero la está mirando fijamente. Y poco a poco su expresión de cólera se ha transformado en una encandiladísima sonrisa)

NICOLÁS.—¡Señorita Morgan! ¡Cómo me gusta usted!...

MARY.—(*Sorprendidísima*) ¿De... veras?

NICOLÁS.—Mucho. ¡Muchísimo! Es usted la más simpática de todas las amigas que ha tenido mi padre. Y la más bonita. (*Entusiasmado*) Y la más...

MARY.—¡Ay, Majestad!... Muchísimas gracias.

(Por la izquierda, asoma María)

MARÍA.—¡Chiss!

NICOLÁS.—(*Transición. De malísimo talante*) ¿Qué quieres?

MARÍA.—¡Mal educado!

NICOLÁS.—(*Más humilde, casi fino*) ¿Qué quieres?

MARÍA.—Ahí dentro estaba esta baraja. ¿Quieres que juguemos al «poker»?

NICOLÁS.—(A Mary) ¿Me ayudará usted?

MARY.—Sí, Majestad.

NICOLÁS.—Entonces, vamos a jugar... ¿Qué nos jugamos?

MARÍA.—Dinero.

NICOLÁS.—¿Dinero? El caso es que yo ahora...

MARÍA.—Yo tampoco tengo. Pero no importa. Jugamos a deber.

NICOLÁS.—¡Ah, bueno! Entonces, vamos...

(Nicolás y María se sientan junto a la mesita. Mary queda en pie detrás del Rey, en actitud favorable para ver las cartas que juega Nicolás. María, mientras, baraja y da cartas)

MARÍA.—¿Cuántas?

MARY.—Tres.

MARÍA.—Yo, cuatro... ¡Hala!

MARY.—(Más bajo) Eso quiere decir que la Princesa no tiene más que un as o un rey.

MARÍA.—¡Paparruchas!... Eso no quiere decir nada. Tú envidas.

(Mary habla al oído de Nicolás)

NICOLÁS.—Cincuenta centavos.

MARÍA.—(Muy suficiente) ¡Qué risa! (Muy lanzada) ¡Mil marcos stirios!

(Mary y Nicolás casi tienen un estremecimiento)

MARY.—¿Cómo?

NICOLÁS.—¿Cuánto es eso? (Mary, vertiginosamente, hace cuentas mentalmente, ayudándose de los dedos. Luego, muy decidida, habla bajito al oído del Rey. Este escucha, atentísimo, y, después, muy arrojado) ¡Cinco mil coronas eslavianas! ¡Ea!

MARÍA.—¡Ah! ¿Sí? Pues... ¡Cien mil marcos stirios!

NICOLÁS.—¡Doscientas mil coronas eslavianas!

MARÍA.—¡Quinientos mil marcos stirios!

NICOLÁS.—¡Novecientas mil coronas eslavianas!

MARY.—(Impresionadísima) ¡Majestad! Rectifique...

MARÍA.—¡Alto! Lo dicho, vale. ¡Un millón de marcos stirios!

NICOLÁS.—Pues yo...

MARY.—¡iNo!! Será mejor ver lo que tiene la Princesa...

NICOLÁS.—A ver... ¿Qué tienes?

(María, con aire de triunfo, muestra sus cartas)

MARÍA.—¡Todo esto!

MARY.—Pierde.

MARÍA.—*(Un brinco)* ¿Cómo?

MARY.—Tiene dobles parejas. Nosotros, cuatro reinas.

MARÍA.—¡Ganan dobles parejas!

MARY.—¡Ca! Ganan las reinas...

MARÍA.—En Stiria¹⁰ ganan las dobles parejas. ¡Gano yo! ¡Gano yo!

NICOLÁS.—¡Mentira! La señorita Morgan es americana. Y este es un juego americano. Vale lo que ella diga...

MARÍA.—¡Paparruchas! Este juego lo inventó un tío mío...

MARY.—Con permiso de Vuestra Alteza, yo creo que no hay discusión: este es un juego americano. Y en América, cuatro reinas ganan siempre a las dobles parejas...

MARÍA.—*(Indignadísima)* ¡Ah! ¿Sí?

MARY.—Sí, Alteza...

MARÍA.—¡Tramosos! ¡Más que tramosos!... ¡Eso es lo que sois vosotros!

(Se pone en pie y lanza las cartas a la cara de Nicolás)

NICOLÁS.—¡Alto! ¡No te tolero que insultes a la señorita Morgan! ¡Retira lo de tramosos!

MARÍA.—¡No me da la gana!

NICOLÁS.—¡Retíralo!

MARÍA.—¡No me da la gana! ¡Tramosos! ¡Más que tramosos! ¡Ay, ay, mamá! ¡Suéltame el pelo! ¡Me estás haciendo daño! ¡Tramosos! ¡Tramosos!

(Entra el Regente con una sonrisa en los labios, que le desaparece apenas ve a Nicolás y a María enzarzados y a Mary impotente para separarlos)

REGENTE.—¡Nicolás! ¿Qué estás haciendo?

¹⁰ Stiria, o Estiria, es una región al sudeste de Austria.

(Nicolás suelta a su prima y esta corre a refugiarse en los brazos del Regente)

MARÍA.—¡Nicolás me ha tirado del pelo! ¡La señorita Morgan me ha insultado! ¡Y entre los dos se han puesto de acuerdo para robarme el dinero!...

REGENTE.—¡No!

MARÍA.—¡Sí!

REGENTE.—No puede ser, María, por favor. Piensa que estás equivocada...

MARÍA.—¡No! ¡No estoy equivocada! ¡Son dos tramposos!

NICOLÁS.—¡Huy!

MARY.—¡Quieto!

MARÍA.—Pero no importa... Pagaré lo que debo. Mi padre se hace responsable de la deuda con arreglo al cambio de moneda. Buenas tardes. Voy a buscar a mamá. *(Marcha hacia el fondo. Antes, se detiene ante Nicolás)* ¡Majestad! *(Luego, al pasar ante Mary, saca la lengua)* ¡Aaah!...

(Y sale por el fondo. Quedan en escena el Regente, Mary y Nicolás. Un silencio. El Regente se encara severamente con Nicolás)

REGENTE.—¿Cuánto?

NICOLÁS.—*(Muy bajito)* Un millón.

REGENTE.—*(Casi en un salto)* ¿Cómo?

MARY.—*(Tranquilizadora)* Un millón de marcos stirios, Alteza. *(Más bajo)* Tres dólares y medio.

REGENTE.—¡Ah! *(Un silencio)* ¡Nicolás! Has cometido una acción indigna de un caballero. Has pegado a una mujer...

MARY.—*(Impulsivo)* ¡Y muy bien hecho! ¡Se lo tenía merecido esa descarada!

(El Regente se vuelve, glacial, a Mary)

REGENTE.—¡Cállese usted!

MARY.—¡Oh!

REGENTE.—¡Señorita Morgan! Creo que ya es hora de que se vaya usted, definitivamente, al teatro... *(Un silencio muy breve. Se sienta lejos de los otros dos)* Veo que has encontrado en la señorita Morgan una apasionada defensora. Lo celebro, porque supongo que te defenderá con el mismo ahínco cuando me des cuenta de tu conversación de esta mañana con el Embajador alemán. Según tengo entendido, fue la señorita Morgan quien te ayudó a llamar por teléfono... ¿No es así?

NICOLÁS.—Ella no sabía a dónde llamaba...

REGENTE.—¡Conque preparando un golpe de Estado!...

NICOLÁS.—¡Ya te lo ha dicho tu policía secreta! ¡Soplones! ¡Cuando yo sea rey...!

REGENTE.—¡Silencio! (*Transición*) ¿Qué hablaste con el Embajador? Contesta. (*Un silencio*) Te digo que contestes...

NICOLÁS.—No.

REGENTE.—Está bien. Vete a tu cuarto. (*Nicolás, muy decidido, marcha hacia el fondo*) Esta noche no irás al baile. No me gusta la compañía de los traidores...

(*Nicolás, ya en la puerta, se vuelve muy fino a Mary*)

NICOLÁS.—¡Señorita Morgan! He tenido un gran placer... Buenas tardes.

(*Sale. Quedan Mary y el Regente. Un silencio. El Regente, con gesto cansado, pasa la mano por el rostro. Luego, como si hablara para sí mismo*)

REGENTE.—No sé qué hacer con este chico...

(*Mary le mira desde lejos; sonrío. Después, se acerca lentamente, llega hasta él por detrás del sillón, le pone las manos sobre los hombros. Con ternura*)

MARY.—Quiérole. Es un chiquillo solitario. Necesita cariño. Mucho cariño.

REGENTE.—¡Cariño! ¡Amor! Tú todo lo resuelves con esas palabras..., que no son más que palabras. Y a Rokovski y sus amigos, que conspiran en contra mía, y al Kaiser, que espera verme desaparecer, para arrastrarnos a la guerra, ¿también debo quererlos? ¿También ellos necesitan amor?

MARY.—Todos. Los malos, los desgraciados, los tristes, los solitarios... Todos. Todos necesitan amor. (*Durante el breve diálogo anterior, Mary ha empezado a despojarse del velo, de la diadema, del collar ... Un silencio*) Es curioso. He soñado mucho con todo esto: perlas, diamantes, honores... Y me despido de todo sin ninguna pena. Resulta que no me gusta.

(*El Regente, de pronto, se vuelve vivamente hacia ella*)

REGENTE.—¡Mary! ¿Tú entiendes el alemán?

MARY.—¡Claro! Mis padres eran alemanes.

REGENTE.—¿Qué habló mi hijo con el Embajador?

MARY.—No te lo diré nunca... No soy de tu policía secreta.

REGENTE.—¡Oh! (*El Regente va hacia ella, furioso*) ¡Señorita Morgan! Usted tiene una información que yo necesito conocer... Hable. ¡Se lo mando!

MARY.—(*Mirándole, encantadísima*) Sigue... Manda. Grita. Ordena... Te pones guapísimo.

REGENTE.—¡Oh!

MARY.—Pero no esperes ni una sola palabra. Estamos en Londres, y aquí no puedes hacer que me den tormento. En tu país, serías muy capaz...

REGENTE.—¡Desde luego!

MARY.—Lo creo...

(El Regente la mira, irritadísimo. Luego, se contiene. Vuelve despacio a su sillón, se deja caer con un gesto de tremendo cansancio)

REGENTE.—Mary... ¡Si tú supieras! De esa travesura de mi hijo puede depender la paz de Europa.

MARY.—¡Ca! A mí no me engañas con esas...

REGENTE.—El mundo no es un colegio, como tú sueñas. Es una selva. Hay que usar la violencia, para no perecer rodeado de fueras. Yo te juro...

MARY.—¡Que no, que no! Aunque jures no te diré nada... Pero nada.

REGENTE.—¡Oh! ¡Es el colmo!...

MARY.—Es decir... Sí, voy a decirte algo. (*El Regente se vuelve y la mira con curiosidad*) Escucha. Lo que haces con tu hijo, ni es práctico ni es político.

REGENTE.—¡Ah! ¿No?

MARY.—No. Y tú sabes muy bien que cuando falla una táctica hay que empezar otra. ¿A ti qué voy a decirte? Acuérdate de anoche...

REGENTE.—¡Je! (*Un silencio*) No querrás que llame a mi hijo y le dé un beso y le diga que tiene permiso para ir al baile...

MARY.—¿Por qué no?

REGENTE.—¡Oh!

MARY.—¿Prefieres que esta noche, a la hora del baile, el pobre chico esté encerrado en su cuarto, bajo la custodia de ese espantoso coronel Hoffman, llorando de rencor y de rabia? ¡Sería tan bonito que, en el momento más deslumbrante del baile, en medio de un salón lleno de luces y flores, mientras el Príncipe sonríe y sueña, su padre se acercase y le ofreciese un helado de fresa!...

REGENTE.—(*Gruñe, irónico*) ¡De fresa, de fresa!...

MARY.—O de vainilla...

REGENTE.—¡Oh!

MARY.—Pero ya veo que no es eso lo que tú quieres que te diga... Lo siento. *(Ya ha devuelto las prendas y objetos que llevaba, y no eran de ella. Conserva únicamente la banda puesta todavía)* Bien. Ha llegado el minuto de la despedida. Apenas tengo tiempo de llegar al teatro. Ya no nos volveremos a ver. Por mí, puedes darme un beso...

(El Regente, con su mal humor, va hacia ella y la besa de una manera brusca y desaliñada)

REGENTE.—Gracias... Adiós.

(Va al fondo y toca un timbre)

MARY.—*(Sonríe)* ¿Eso es todo?

REGENTE.—¿Qué dices? Perdona... Es que estoy pensando en otra cosa.

(Aparece el Mayordomo)

MAYORDOMO.—Alteza...

REGENTE.—Que venga Su Majestad...

(Sale el Mayordomo. Un silencio. El Regente pasea, preocupado)

MARY.—Bueno. Y de mi regalo, ¿qué?

REGENTE.—¿Qué regalo?

MARY.—El regalo... Siempre que un gran señor, como tú, invita a cenar a una pobre chica, como yo, al despedirla le hace un bonito regalo. Es la tradición.

REGENTE.—¡Ah, claro! Discúlpame..., lo había olvidado. *(Va un mueble y de un cajoncito extrae un pequeño estuche. Se lo brinda)* Toma. ¿Qué te parece? Cuando llegué a Londres compré varias cosas de estas...

MARY.—¿Todas iguales?

REGENTE.—Creo que sí...

MARY.—¡Muy delicado!... Para que no tengamos celos las unas de las otras. *(Ha abierto el estuche. Es un pequeño broche)* ¡Ah! Precioso. ¿Me lo pones tú? *(El Regente va hacia Mary y la prende el broche)* Ahora puedes decirme lo que me dijiste esta mañana.

REGENTE.—¿Qué dije?

MARY.—*(Ríe)* ¡Oh!

REGENTE.—¡Ah, sí! «Querida, estoy encantado de haberte conocido. ¡Lástima que haya sido por tan poco tiempo!...».

MARY.—¡Gracias, amor mío!... Ya es bastante. *(El Regente la mira y la besa. En este momento se abre la puerta y aparece el Mayordomo, precediendo a Nicolás)*
¡Oh!

MAYORDOMO.—Su Majestad...

(Sale el Mayordomo. Quedan el Regente, Mary y Nicolás. Este se ha plantado en el centro, en actitud desafiante. Muy erguido)

NICOLÁS.—¿Voy a ser sometido a proceso, como Rokovski?

REGENTE.—¡Ejem!... *(Le mira de arriba a abajo, suspira y luego empieza a pasear)*
Nicolás... Lamento mucho que estemos siempre discutiendo. ¿Sabes? Tú no comprendes lo que significa para un padre comprobar que su propio hijo, su único y querido hijo, conspira contra él. Me has causado un gran dolor, Nicolás. ¡Hijo mío!

NICOLÁS.—¡Cuentos!

REGENTE.—¿Cómo?

NICOLÁS.—Mira, papá, que te conozco...

REGENTE.—No, hijo. No me conoces, porque no te molestas en mirar en el fondo de mi corazón. Porque no sabes cuánta ternura guardo para ti, si tú quisieras recogerla... Pero quizá no es tuya toda la culpa. Yo también he pecado. Prometámonos mutuamente que desde hoy todo será distinto. De momento, tienes permiso para ir al baile de esta noche...

NICOLÁS.—Gracias. Pero no iré...

REGENTE.—¡Oh!

(Durante el diálogo anterior, Mary se ha puesto su abrigo, ha ido de puntillas hasta el fondo. Y ya está a punto de salir inadvertida. Pero, bruscamente, se detiene al oír las últimas palabras de Nicolás)

MARY.—¿De veras? ¿De veras no quiere ir Vuestra Majestad al baile de esta noche?
¡Será algo maravilloso!...

NICOLÁS.—*(Mohíno)* ¿Para qué voy a ir? No conozco a nadie. ¿Con quién voy a bailar?

REGENTE.—Puedes invitar a quien quieras...

(Nicolás se vuelve a su padre, sobresaltadísimo por la alegría)

NICOLÁS.—¿De verdad, papá? ¿Puedo invitar a quien quiera?

REGENTE.—Naturalmente, hijo... Eres un hombre.

NICOLÁS.—Entonces... *(Ilusionadísimo)* ¡Señorita Morgan! ¿Quiere usted acompañarme al baile de esta noche?

(El Regente se estremece. Mary sonríe, complacidísima)

REGENTE.—¿Qué? ¿Qué dices?

MARY.—¿Yo? ¡Ay, Dios mío! ¡Pero si lo estaba deseando!...

NICOLÁS.—*(Contentísimo)* ¿Sí?

MARY.—¡Claro!

NICOLÁS.—*(Palmoteando)* ¡Bravo! ¡Lo que nos vamos a divertir!

(Mary, muy entusiasmada, se lanza sobre la mesa donde dejó las alhajas y el velo y lo recoge todo)

MARY.—¿Puedo llevarme todo esto?

NICOLÁS.—¡Naturalmente! Y si le falta algo se lo pediremos a mi madrastra. Y papá le dará otra condecoración.

REGENTE.—¡No!

NICOLÁS.—Sí. Porque con una no se va a ninguna parte...

MARY.—Bueno. Por mí...

NICOLÁS.—¡Señorita Morgan! Yo mismo iré a buscarla a la salida del teatro. ¿A las once?

MARY.—¡A las once!

NICOLÁS.—¡Soberbio!

(El Regente, hundido en un sillón, está abrumadísimo. Mary, que ya se ha encaminado al fondo, ligerísima, ya a punto de salir, retrocede, se quita el broche que le prendió el Regente, va y se lo devuelve)

MARY.—¡Ah! Toma. Porque me parece que volveré...

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

El mismo decorado. A las doce y media de la noche. En la mesa hay dispuesta una cena para dos.

(*En escena, el Regente pasea de un lado a otro. Entra Jaime Brook*)

JAIME.—¡Alteza! Su Majestad acaba de llegar...

REGENTE.—(*Con ansiedad*) ¿Solo?

JAIME.—No, Alteza... Con la señorita Morgan.

REGENTE.—¡Otra vez! ¡Esto es asombroso!... ¿Y dónde están?

JAIME.—(*Un suspiro*) En la cocina. ¡Una vergüenza, Alteza! Pero no lo he podido evitar...

REGENTE.—¡El Rey de Eslovenia en la cocina! ¿Y qué hacen allí?

JAIME.—La señorita Morgan está enseñando a Su Majestad a bailar un baile de moda que se llama *fox-trot*¹¹...

REGENTE.—Fox..., ¿qué?

JAIME.—Fox-trot.

REGENTE.—¡Supongo que será algo espantoso!

JAIME.—¡Increíble!...

REGENTE.—¡Oh! ¡Qué horror! ¡Cómo han regresado del baile? ¿Andando?

JAIME.—¡Ojalá! Han venido en el ómnibus.¹²

REGENTE.—¿Es posible?

JAIME.—Ómnibus número 56. Del servicio público de Londres... Fue un ferviente deseo de Su Majestad, que, por lo visto, nunca había viajado en ómnibus.

REGENTE.—¡Qué espanto! Oiga, Brook. ¿Y por qué se fueron del baile tan pronto? Dígame la verdad. ¿Los echaron?

JAIME.—No, Alteza... Pero parece ser que Su Majestad hubo de ser reprendido con cierta severidad.

REGENTE.—¿Por qué?

JAIME.—Creo que el Rey Nicolás pronunció algunas palabras molestas para el Imperio Británico en presencia de uno de nuestros ministros...

MARY.—¡Oh! ¡Qué catástrofe! Nunca, nunca debí dejarle ir solo con ella. (*Se sienta. Una transición*) ¡Brook!

11 *Fox-trot*: danza americana, que tiene su origen en un baile que inventó un artista de *music-hall* y en el que se ejecutaban alternativamente movimientos lentos y rápidos. Llegó a ser muy popular en Estados Unidos y desde allí se extendió a Europa. En el momento en que transcurre la obra, era toda una novedad.

12 Carruaje de gran capacidad, precursor del tranvía y de los modernos autobuses.

JAIME.—A las órdenes de Vuestra Alteza...

REGENTE.—¿Se puso usted de acuerdo con Lucy Martín?

JAIME.—Sí, Alteza. Y me costó muchísimo convencerla. Porque esta noche, a la misma hora, tenía varios compromisos. Pero vendrá. En el fondo, está muy contenta de volver a reunirse con Vuestra Alteza. *(Mira el reloj)* Llegará de un momento a otro... Por cierto: ¡está hermosísima!

REGENTE.—*(Muy indiferente)* Lo celebro...

JAIME.—Creo observar que Vuestra Alteza no siente por Lucy Martín el mismo entusiasmo que sentía esta mañana. ¿Quiere Vuestra Alteza que vaya a la cocina a buscar a la señorita Morgan y telefonee a Lucy Martín diciendo que Vuestra Alteza está indispueto?

REGENTE.—No, no... De ningún modo. Estoy deseando ver a Lucy. ¡Vaya, vaya, si lo estoy deseando!

(Con poquísima firmeza. Y en este momento se abren de par en par las puertas del fondo y, escoltada por dos Lacayos, surge Mary, deslumbrante. Alegrísima)

MARY.—¡Hola!

REGENTE.—Hola.

JAIME.—*(Ante la mesa servida)* ¿Vamos a cenar aquí los dos solos? ¡Qué buena idea! ¡Amor mío, estás en todo!...

REGENTE.—Verás. Esta cena...

JAIME.—¡Calla! Voy a la cocina a decirle a Nicolás que se acueste y vuelvo enseguida. ¡Hasta ahora!

(Sale muy aprisa y muy contenta. El Regente y Jaime se miran consternados. Un silencio)

REGENTE.—Ha creído que la cena era para ella...

JAIME.—Sí...

REGENTE.—¡Cuando sepa que es para Lucy Martín...!

JAIME.—Por favor, Alteza. ¿Por qué no hablar claramente a la señorita Morgan y decirle que se vaya?...

REGENTE.—Pero ¿cree usted que se irá? No la conoce. La estoy despidiendo desde anoche... Y ahí esta.

JAIME.—Entonces, podemos decirle a Lucy Martín que venga una hora después...

REGENTE.—¡No! Eso me obligaría a cenar dos veces, que es lo que me pasa a diario desde que estoy en Londres. Y la verdad, una noche más no lo soportaría...

JAIME.—Pues no veo otra solución, Alteza.

REGENTE.—Sí... *(Pensativo)* Hay otra solución. Verá usted, Brook. Dejemos que vuelva la señorita Morgan. Dejémosla creer que esta cena está dispuesta para ella y para mí... Y cuando llegue Lucy Martín, usted entra y me dice cualquier cosa. Por ejemplo, que ha llegado el Primer Ministro inglés y que necesita hablar conmigo urgentemente. ¿Qué le parece?

JAIME.—*(Un silencio. Se le queda mirando, con aire escéptico)* ¿Cree Vuestra Alteza que eso dará resultado?

REGENTE.—¡Naturalmente! No puede fallar...

JAIME.—Entonces, se hará como desea Vuestra Alteza...

(Se abren las puertas del fondo y surge de nuevo Mary)

MARY.—¡Ya estoy aquí! ¿He tardado? Como me figuraba que estarías impaciente...

REGENTE.—¡Je! ¡Figúrate!...

MARY.—¡Ah! Este Nicolás es un chico encantador. ¡Y tan dulce, tan tierno!...

REGENTE.—Déjenos, Brook, ¿quiere? Y no olvide mis instrucciones.

JAIME.—No, Alteza. Hasta mañana, señorita.

MARY.—Con que hasta mañana, ¿eh? ¡Como si no supiera una que volverá usted de un momento a otro!...

JAIME.—¡Señorita!...

MARY.—¡Tiene usted una costumbre!...

JAIME.—¡Pero, señorita!...

MARY.—¡Hala, hala! No se entretenga.

JAIME.—¡Oh!

(Sale Jaime, indignadísimo. Mary, que está muy feliz, se lanza a la mesa y comienza a llenar dos vasos de vodka)

MARY.—¿Quieres?

REGENTE.—Sí... Una copa. *(Con alarma)* ¿Qué haces? Eso es mucho para ti...

MARY.—No temas. El vodka no hace daño. Toma, toma otra...

REGENTE.—¡No! Otra, no. No quiero beber más.

MARY.—¡Oh! No me desilusiones. Una de las cosas que más admiro en ti es tu fabulosa capacidad para beber vodka...

REGENTE.—Sí... Eso es verdad. Bueno. Tomaré otra.

MARY.—*(Brindando)* ¡Por el amor!

REGENTE.—Bueno. *(Después de beber)* ¿Qué hora es?

MARY.—No lo sé; pero da igual... No tenemos prisa.

REGENTE.—¡Ah! ¿No?

MARY.—En absoluto. Además, ahora vamos a hablar de negocios...

REGENTE.—(*Atónito*) ¿Cómo?

(Mary se sienta, dispuesta y muy tranquila, en un sillón, y saca un papelito que desdobra solemnemente)

MARY.—Tengo aquí un documento que te va a interesar muchísimo... Escucha.

(Leyendo) «A mis leales súbditos: Yo, Nicolás VII, Rey de Eslovenia...».

REGENTE.—¿Qué?

MARY.—¡Ay! Espera. Es que no está muy claro. Como lo escribimos en el ómnibus...

(Vuelve a leer) «Yo, Nicolás VII, Rey de Eslovenia, por el presente manifiesto, declaro que rechazo y rechazaré cualquier insinuación o consejo de personas o partidos políticos encaminados a que asuma el Poder antes de mi mayoría de edad. Yo, el Rey, invito a todos mis leales súbditos a que se agrupen en torno a la figura de mi augusto padre, el Regente, para la mejor prosperidad y la mejor paz de mi reino. Así lo espera de vosotros vuestro Rey... Nicolás VII».

REGENTE.—A ver... *(Avanza hacia ella y le arrebató el papel)* ¡Mientes! Este documento no está firmado por hijo...

MARY.—Bueno... Pero lo estará, amor mío, después de que tú firmes otro.

REGENTE.—¡Ah! Ya comprendo...

MARY.—Mira: aquí tengo las condiciones de tu hijo. Si tú las aceptas, él firmará el manifiesto que te acabo de leer...

REGENTE.—¡Ese muñeco se atreve a ponerme condiciones!... ¡A mí! ¡Es inconcebible!

MARY.—No tiene importancia. Todo lo que te pide es muy fácil de hacer. *(Saca otro papelito)* ¡Ay! Este papel está manchado de grasa. ¡Claro, como las condiciones me las ha dictado en la cocina!... Escúchame: *(Lee)* «No será declarada la Ley Marcial...».

REGENTE.—¡Oh!

MARY.—«... El Rey tendrá una bicicleta nueva... El Coronel Hoffman será arrestado por el tiempo que diga Su Majestad. Habrá una amnistía para todos los presos políticos. El matrimonio entre el Rey y la Princesa María no se celebrará, porque ya se ha comprobado que la Princesa es muy suya...».

(El Regente se sirve un enorme vaso de vodka, que se bebe de un trago. Un silencio)

REGENTE.—Por lo visto, habéis dedicado la noche a reiros de mí...

MARY.—No, amor mío... He dedicado toda la noche a trabajar por ti. Tú sabes muy bien que está a punto de triunfar el complot organizado por tus enemigos. Tú sabes muy bien que si ellos vencen, tú vivirás fuera de tu patria, desterrado, como un vagabundo. Y sabes muy bien que si firmas este papel ese complot fracasará...

REGENTE.—¡No lo firmaré!

MARY.—¡Oh!

REGENTE.—Firmarlo sería tanto como entregar las armas a mis enemigos... (*Toma el manifiesto del Rey y lo lee atentamente. De pronto, como ante una idea genial recién surgida*) ¡Dios mío!

MARY.—(*Muy impresionada*) ¿Qué?

REGENTE.—¿Cómo he podido dejarme engañar por ti? ¿Sabes lo que eres tú?

MARY.—¿Yo?

REGENTE.—Sí. ¡Tú! Una intrigante. Una intrigante torpe, que no sabe lo que contiene este papel.

MARY.—¡Ay, sí! Un manifiesto real...

REGENTE.—¡No! Es una confesión. Una repugnante confesión, que demuestra a las claras que mis enemigos de la oposición han tramado una conjura para derrocar me y, lo que es peor aún: para atacar contra la Constitución... ¡Conque «cualquier insinuación o consejo de personas o partidos encaminado a que asuma el Poder»! ¿Te das cuenta? ¿Eh? ¿Te das cuenta de lo que esto supone? ¡Ah! (*Triunfante*) Pero esta vez no serán mis enemigos los que consigan proclamarse ante el país como los campeones de la libertad y de la democracia. ¡Quia! ¡Seré yo, yo mismo!... ¡Me adelantaré!

MARY.—¡Qué inteligente eres, querido! Anda, bebe otro poquito de vodka...

REGENTE.—(*Muy abstraído*) ¿Qué dices? ¡No! No quiero beber más. He de pensar muy serenamente...

MARY.—Tú piensas bien de todas maneras. Toma. (*El Regente, sin darse cuenta de lo que hace, se bebe el vaso de un sorbo. Luego sigue tan abstraído*) ¡Ajajá! ¿Quieres comer algo?

REGENTE.—No, deja... (*En lo suyo*) Naturalmente, hay que estar preparados para todos los acontecimientos que puedan surgir. Pero tengo la iniciativa entre mis manos y no puedo perderla...

MARY.—(*Con entusiasmo*) ¡No la perderás! ¿Cómo vas a perderla con esa inteligencia y ese instinto que tienes para la política?

REGENTE.—¡Je! Claro...

MARY.—¡Si supieras cómo envidio tu talento!...

REGENTE.—Mujer... ¡Tanto como envidiarme!...

MARY.—¡Sí! Te envidio todos los dones que te ha dado Dios: posición, honores, salud, riquezas, talento, juventud...

REGENTE.—Oye... ¡Tú me estás adulando!

MARY.—¡Yo adularte! ¿Es que no es verdad todo lo que digo? Espera. ¿Quieres otro vasito de vodka? Ya sabes que esto no hace daño.

REGENTE.—No. *(Vuelve a zambullirse en sus ideas. Un silencio. Y, de pronto, como si despertarse de un sueño)* ¡Ya está! Mañana por la mañana, cuando esté de vuelta en Eslavia, proclamaré una amnistía general... Así, por mi propia iniciativa.

MARY.—¡Magnífico! ¡Qué idea!

REGENTE.—¡Sí! Pero verás... Al día siguiente, cuando estén desprevenidos, disolveré el Parlamento, convocaré elecciones generales y publicaré el manifiesto del Rey. ¿Qué te parece? La tarea es difícil y será dura; pero, por fortuna, tengo resistencia física y talento político...

MARY.—¡Bravo!

(Mary, entusiasmada, le ofrece un nuevo vaso de vodka que él bebe distraído)

REGENTE.—La impresión que recibirá el pueblo será tremenda...

MARY.—*(Como deslumbrada)* ¡Hay que ver! Y todo esto se te ha ocurrido así, de pronto. Sin apenas haber leído ese papel que tienes entre las manos...

REGENTE.—Ya lo has visto.

MARY.—¡Oh! ¡Es admirable!...

REGENTE.—Sí... Verdaderamente, creo que puedo estar satisfecho de mí mismo.

(Se deja caer pesadamente en el sofá)

MARY.—Sí, amor mío. Puedes estar contento. Con razón te llaman el Águila de los Balcanes.

(Va al fondo y, con disimulo, toca el timbre. Vuelve junto al Regente)

REGENTE.—¡Ah! ¿Me llaman así?

MARY.—¿No lo sabías?

REGENTE.—No... Pero me gusta. ¡El Águila de los Balcanes! *(Se recuesta en el brazo del sofá. Mary está arrodillada, semisentada en el suelo)* ¿Qué miras?

MARY.—Tus ojos, tus ojos hermosos, de águila... (*Él le acaricia el rostro suavemente. Y comienza a oírse la música de un violín, como en el primer cuadro, que, igualmente, se acerca, poco a poco*) Pero el águila es un animal tan solitario...

REGENTE.—Como yo mismo... Es nuestro destino.

MARY.—¿Y siempre será así?

REGENTE.—¡Quién sabe! A veces pienso en mi soledad. (*Estaba acariciando el cabello de Mary. De pronto, se calla*) ¿Qué música es esa?

MARY.—¡Bah! Será ese húngaro que toca todas las noches, para olvidar sus penas de amor... ¡Un infeliz! Oye...

REGENTE.—¿Qué?

MARY.—¿No te has enamorado nunca?

REGENTE.—¡No!

MARY.—¡Qué bien!

REGENTE.—No me he permitido ese capricho... El amor debilita a los grandes gobernantes.

MARY.—¡Qué hermosa frase! ¿Quién la dijo?

REGENTE.—¡César! Y por eso fue el amo del mundo...

MARY.—¡Pobrecito César!

(*Un silencio*)

REGENTE.—Dime... ¿Te gustaría que el águila te llevara a su nido?

MARY.—¡Dios mío! ¡Eso sería maravilloso!...

REGENTE.—Esconderíamos nuestro amor en un castillo antiguo, rodeado de bosques, junto al río... Es un río azul, cargado de leyendas. ¡Qué hermoso sería tenerte allí escondida! Y para siempre...

MARY.—(*Soñando*) ¡Para siempre!

(*El Regente se incorpora de pronto, muy sorprendido*)

REGENTE.—¡Cristo!

MARY.—¿Qué ocurre?

REGENTE.—¡Estoy borracho!

MARY.—¡No! No estás borracho. No puedes estarlo, porque casi no has bebido... Lo que necesitas es descansar. Vamos, échate otra vez.

REGENTE.—Bueno. Como tú quieras... (*Se echa de nuevo. Se le abre la boca. Se le cierran los ojos. De pronto, como un murmullo*) Draga kis galambón gyere.

MARY.—¿Qué dices?

REGENTE.—¡Te quiero!

MARY.—¡Y yo a ti, mi Alteza Real!...

(Le toma una mano, se la besa. El Regente cierra los ojos. La música del violín sube como en un «crescendo». Se abren las puertas de par en par y surge Jaime Brook, al parecer, muy excitado)

JAIME.—¡iAlteza!!

(El Regente y Mary se incorporan vivamente. Los dos están furiosos)

REGENTE.—¿Qué?

MARY.—¡Ay! ¿No lo dije? ¡iAhí está!!

JAIME.—¡Alteza! Ha ocurrido lo que esperábamos. Acaba de llegar el Primer Ministro y desea ser recibido por Vuestra Alteza...

REGENTE.—*(Bramando)* ¡iMíster Brook!...

JAIME.—¡Alteza!

REGENTE.—¡No puedo soportar más sus constantes intromisiones! ¡No puedo más! ¡Váyase! ¡Fuera de aquí!

MARY.—¡Fuera!

JAIME.—¡Pero, Alteza!... Acuértese, Vuestra Alteza. Es el Primer Ministro. ¡El Primer Ministro! ¿Eh?

REGENTE.—¡Largo! ¡He dicho que se vaya! ¡No me replique!

JAIME.—¡Oh, Alteza! ¡No puedo más! ¡Esto es demasiado! ¡Mañana mismo presentaré la dimisión de mi cargo! ¡Buenas noches!

(Y sale disparado. El Regente vuelve a tumbarse en el sofá. Mary ríe suavemente. El Regente la mira y cierra los ojos. Ella se arrodilla a su lado y le acaricia el cabello, siempre riendo suavemente)

REGENTE.—¡Hum!... Oye. Voy a dormir un poco... Y después, ¿sabes?

MARY.—Sí, amor mío. Después... *(El Regente suspira profundamente, se acomoda mejor y se duerme. Mary espera. Se levanta. Le besa en la frente...)* ¡Mi querido Príncipe! Duerme y sueña... *(Le mira. Luego, de puntillas, para no despertarle, va hacia el fondo, abre la puerta y llama, por señas, a alguien que está fuera. Asoma el rostro del Mayordomo... Mary le muestra al Regente. El Mayordomo*

se queda atónito. Mueve la cabeza, con gesto de reproche. Al fin, suspira y hace señas a alguien más que está fuera. Aparecen dos Lacayos. El Mayordomo les señala el Regente. Los lacayos avanzan al unísono. Toman en brazos al Regente, que sigue durmiendo profundamente, y marchan con él hacia la puerta de la derecha. Mary, sin perder su tierna sonrisa, vigila el traslado de Su Alteza Real) ¡Chiss! ¡Con cuidado, con mucho cuidado, pobrecito mío!... (Los dos criados se llevan al Regente. El Mayordomo, francamente avergonzado, está en el centro del salón. Mary corre hasta la puerta de la izquierda; se vuelve, muy risueña) ¡Buenas noches!

(Y entra. Cierra la puerta)

TELÓN

CUADRO TERCERO

El mismo decorado. A la mañana del día siguiente.

(No hay nadie en escena. Precedido por el Mayordomo, entra Jaime Brook, todavía de uniforme. Por las señas, trae bastante malhumor)

JAIME.—Buenos días, Barón...

MAYORDOMO.—Buenos días, míster Brook...

JAIME.—Vengo del Ministerio de Asuntos Exteriores. He presentado mi dimisión como jefe de departamento de Asuntos Balcánicos...

MAYORDOMO.—¡Oh, míster Brook!

JAIME.—Pero mi dimisión no ha sido aceptada...

MAYORDOMO.—Lo celebro... Mi enhorabuena al Impero Británico.

JAIME.—Muchas gracias, Barón.

MAYORDOMO.—De nada, míster Brook...

(Sale el Mayordomo; por la puerta de la derecha, surge Nicolás. Viste un traje de calle. Viene francamente sorprendido)

NICOLÁS.—¡Míster Brook!

JAIME.—¡Majestad!

NICOLÁS.—¿Qué ha pasado aquí esta noche? Mi padre está muy raro. Me ha dado un abrazo...

JAIME.—Bien. Pero yo supongo que Su Alteza Real abrazará a su hijo con bastante frecuencia...

NICOLÁS.—En los actos oficiales, sí.

JAIME.—¡Ah!

NICOLÁS.—Pero es que ahora ha sido en privado. Y no lo entiendo, la verdad. Además, me ha preguntado que si no sentía la necesidad de un cariño... ¡Figúrese!

JAIME.—¿Es posible?

(Entra el Regente, por la derecha. Lleva una gran bata. Alegre, bienhumorado y amable)

REGENTE.—¡Buenos días, Brook! ¡Ah! ¡Usted siempre tan puntual! ¡Y qué bien le sienta a usted ese uniforme!... *(Ha ido a la mesa, donde está servido el*

desayuno, y se prepara una taza de café. Bebe. Luego se vuelve hacia Nicolás y le mira, embelesado) ¡Nicolás, hijo mío!...

NICOLÁS.—¿Qué?

REGENTE.—No digas «qué. Di «papá»... Me gusta.

NICOLÁS.—Bueno: ¡papá!

REGENTE.—¿Me das un beso?

NICOLÁS.—¿Otro, papá?

REGENTE.—¿Por qué no? Entre un padre y un hijo todas las pruebas de afecto son pocas...

NICOLÁS.—Bueno, papá. Por mí...

(Nicolás se acerca, y su padre le besa tiernamente)

REGENTE.—Vamos, prepárate. Nos vamos dentro de cinco minutos...

NICOLÁS.—Sí, papá...

(Nicolás marcha hacia el fondo. Su padre le mira embelesado. Para sí mismo)

REGENTE.—¡Hijo mío!

NICOLÁS.—*(Deteniéndose)* ¿Qué?

REGENTE.—No, nada... Decía: «hijo mío». Solo eso.

NICOLÁS.—¡Ah, ya!

(Sale, mirando a su padre recelosísimo. El Regente se sienta en un sillón y se repantinga, con el aire de ser el hombre más feliz del mundo)

REGENTE.—¡Bueno, bueno, bueno!... ¡Qué bonita mañana!

JAIME.—Alteza... Tengo una carta para Vuestra Alteza.

REGENTE.—¡Hola! ¿De quién?

JAIME.—De Lucy Martín... La escribió anoche aquí mismo, cuando le comuniqué que Vuestra Alteza no podía recibirla. Naturalmente, la carta está escrita en un estado de excitación comprensible...

REGENTE.—No me interesa.

JAIME.—¿Ni por curiosidad, Alteza?

REGENTE.—Ni por curiosidad... *(Se levanta)* ¡Brook! Voy a hacerle a usted un encargo. Quiero que se facilite urgentemente un pasaporte para Eslavia a la señorita Mary Morgan...

JAIME.—*(Con sobresalto)* ¿Cómo?

REGENTE.—A la señorita Mary Morgan, de nacionalidad americana y de profesión actriz. Quiero que se enganche un vagón al tren real para la señorita Morgan y su séquito.

JAIME.—Pero ¿es que la señorita Morgan va a llevar séquito?

REGENTE.—¡Naturalmente! ¡No querrá usted que viaje sola! Sus doncellas, sus criados, sus cocheros, sus lacayos... Lo imprescindible. ¡Ah! Cuide de que adornen su departamento con flores: rosas, dalias, lilas, camelias. ¿Comprende? Y no se olvide de encargar para la señorita Morgan algunas de esas menudencias que tanto aman las mujeres: unos sombreros, unos vestidos, unos abrigos de pieles...

JAIME.—Comprendido, Alteza, comprendido...

(El Regente marcha hacia la puerta de su alcoba. Allí se detiene, se vuelve y se queda mirando a Jaime)

REGENTE.—¡Brook! Voy a confiarle a usted un secreto: ¡estoy enamorado! ¡Y qué extraño es el amor! ¡Soy feliz, estoy contento!... Y, al mismo tiempo, tengo un miedo inexplicable.

(Sale. Casi en el acto, por el fondo, vuelve Nicolás)

NICOLÁS.—¡Chiss! Míster Brook. Voy a hacerle a usted un encargo...

JAIME.—¿Un pasaporte, Majestad?

NICOLÁS.—¡Oh, no! Dele usted esto de mi parte a la señorita Morgan... Es mi regalo de despedida. ¿Sabe? Y díglele que con ella he pasado los momentos más divertidos y felices de mi vida. Y díglele... Bueno, no le diga nada. Dele también esta fotografía mía... Se la he dedicado.

JAIME.—Con mucho gusto, Majestad...

(Nicolás se dirige rápidamente hacia el fondo. De pronto, se detiene)

NICOLÁS.—¡Míster Brook! ¿A usted también le ha besado mi padre?

JAIME.—Todavía, no, Majestad. Pero no pierdo la esperanza...

NICOLÁS.—¡Hay que ver!, ¿eh?

(Y sale. Queda Jaime solo. Toma la carta de Lucy Martín, prende una cerilla y la quema. Asoma Mary por la izquierda)

MARY.—¡Chiss!

JAIME.—Señorita Morgan...

MARY.—¡Conque jugando con fuego!...

JAIME.—¡Señorita Morgan! Su majestad el Rey Nicolás VII me ordena que le entregue este recuerdo y, al mismo tiempo me encarga que le diga en su nombre que a su lado ha pasado los momentos más felices de su vida...

MARY.—¿De veras? ¡Qué simpático es el chiquitín! *(Toma el regalo y la foto de manos de Jaime)* ¡Oh! Mira... Firmada y todo. ¡Ah! Un broche de brillantes con las armas reales de Eslavia. ¡Precioso!

(Se abre la puerta del fondo y aparece la Gran Duquesa, seguida de la Condesa)

DUQUESA.—Buenos días, hijita...

MARY.—¡Alteza!

DUQUESA.—¡Jesús! ¡Estoy molida! ¡No he pegado un ojo! Durante estas dos últimas noches un sujeto muy extraño se ha pasado la madrugada tocando el violín por ese pasillo... No sé por qué. La primera noche, yo me asusté muchísimo. Pensé que sería un anarquista de esos que ponen bombas en cualquier parte, sin ninguna consideración para las personas. Y hasta pensé que el violín sería un artefacto infernal. Pero anoche, anoche, ya no pude contenerme. Salí al pasillo, llamé al sujeto y le hice saber, muy, muy enérgicamente, que su proceder no era correcto, y que se fuera a otra parte a poner bombas. Entonces me di cuenta de que se trataba de un muchacho encantador... Le hice pasar a mi cuarto, le di una copita y estuvimos charlando los dos, hasta que el pobrecito se quedó dormido en el sofá, porque, como se pasa las noches tocando el violín, estaba muerto de sueño...

(En este momento la Condesa, irremisiblemente, estornuda)

CONDESA.—¡Achiss!

DUQUESA.—Pero, Carolina, ¿te has vuelto a acatarrar?

CONDESA.—Sí, Alteza.

DUQUESA.—¡Qué terca eres!

CONDESA.—¡Achiss! Alteza, no lo puedo remediar.

DUQUESA.—No te preocupes. Ahora te daré esas dos pildoritas mías, que lo arreglan todo.

CONDESA.—*(Sobresaltada)* ¡¡No!! Eso, no. *(Transición)* Ya estoy bien. De verdad, Alteza...

DUQUESA.—Las tomarás, aunque protestes, que tú eres muy rebelde.

CONDESA.—¡Ay, Dios mío!

DUQUESA.—Anda, dame el regalo de la señorita Morgan.

CONDESA.—Sí, Alteza.

DUQUESA.—Toma, querida. Un broche con las armas Reales de Eslovenia. Y esta fotografía mía. Te la he dedicado con mucho gusto, mucho cariño...

MARY.—¡Dios mío! ¡Qué honor para mí, Alteza!

DUQUESA.—Dame un beso. *(Entra el Regente, ya vestido, para el viaje)* ¡Ah, querido! Mira a quién tenemos aquí. A la señorita Morgan, que ha venido a despedirse.

REGENTE.—¡Qué amable!

DUQUESA.—Bien. Todos estamos listos. A la estación, Carolina. Y recuérdame que te dé las píldoras. *(Y de pronto, al salir, se fija en Brook)* ¡Caballero! ¿Usted y yo estamos presentados?

JAIME.—*(Casi con desesperación)* ¡Alteza! He tenido ese honor repetidamente.

DUQUESA.—Bueno. No importa. Aunque no estemos presentados, venga a la estación a despedirnos. Me encantan las despedidas con mucha gente.

(Y sale con la Condesa. Quedan en escena el Regente, Mary y Jaime)

JAIME.—Yo esperaré a Vuestra Alteza en el vestíbulo. De usted no me despido, señorita Morgan. Nos veremos con frecuencia hasta que estén resueltos los trámites de su pasaporte...

MARY.—*(Sorprendida)* ¿Qué pasaporte?

REGENTE.—*(Indignado)* ¡Cállese, Brook! ¡Es usted irritante! El pasaporte era una sorpresa que yo le guardaba a la señorita Morgan...

JAIME.—Perdón, Alteza. ¿Cómo podía imaginar yo que la señorita no sabía...?

REGENTE.—¡Váyase! ¡Váyase pronto!

JAIME.—Sí, Alteza. Me voy... ¡Por última vez!

(Sale enérgicamente. Quedan solos Mary y el Regente. Se miran de lejos. Sonríen)

REGENTE.—Buenos días, Mary.

MARY.—Buenos días, Alteza.

(Avanzan suavemente el uno hacia el otro y se abrazan estrechamente. Un silencio)

REGENTE.—Soy muy dichoso y estoy muy contento. ¿Sabes? He comprendido de pronto que tú tenías razón en todo... Me parece que mi vida empieza ahora. Me siento más joven.

MARY.—¿De veras?

REGENTE.—¡Sí!

MARY.—(*Pensativa*) Es curioso. En cambio, yo me siento de pronto muy cansada y muy vieja...

REGENTE.—¿Por qué?

MARY.—¡Quién sabe! (*Se aparta lentamente. Un silencio. Sin volverse*) Escucha. Yo no necesito un pasaporte oficial. Tengo el mío. Y me gusta todo lo mío, ¿sabes? Mi pasaporte de pobre muchacha americana, mis pobres vestidos, mi cuarto en la pensión...

REGENTE.—¿Quieres callarte? Desde hoy seré yo quien dirigirá tu vida. Se acabaron los vestidos pobres, las pensiones humildes. Todo eso. Cuando llegemos a Eslavia...

MARY.—A ver... Cuenta. (*Sonríe*) ¿Qué piensas hacer conmigo?

REGENTE.—Verás. Vivirás en el campo, en una villa que se llama Sonia. Tengo allí un palacio encantador. Muy íntimo, muy pequeño. Te arreglarás con una docena de criados... Nada más. El palacio está rodeado de jardines prodigiosos. Tiene un lago infinito, como el mar... Frente al mirador, las montañas: blancas en invierno, azules en primavera. El palacio fue construido en el siglo XVI por un antepasado mío...

MARY.—Ya. Y desde entonces, ¿siempre ha servido para eso?

REGENTE.—¡Siempre! Es la tradición. (*Transición*) Bueno. Pero nunca por mucho tiempo...

MARY.—(*Sonríe*) ¡Ah! ¿También por tradición?

REGENTE.—Ahora es para toda la vida.

(*Un fugacísimo silencio*)

MARY.—Escucha, amor mío. Yo también tengo mis proyectos para el porvenir. De momento, me quedaré en Londres. He de cumplir mi contrato con el teatro.

REGENTE.—Pero ¿cuándo termina ese contrato?

MARY.—Dentro de seis meses.

REGENTE.—¡Seis meses! ¿Y vamos a estar separados todo ese tiempo? Pero ¿tú sabes lo que en el mundo puede ocurrir durante seis meses?

MARY.—Claro que lo sé. Todo puede ocurrir. Hasta el olvido...

REGENTE.—(*Muy bajo. Como un eco*) El olvido...

MARY.—Sí.

REGENTE.—Oye. ¿Y no sería posible que rompieras tu contrato con el teatro?

MARY.—No... Pero te agradezco mucho que me lo hayas preguntado.

REGENTE.—¡Ah! Entonces..., ¿estás decidida?

MARY.—Sí.

REGENTE.—¿Adiós?

MARY.—Hasta que nos volvamos a ver...

REGENTE.—Claro. Hasta que nos volvamos a ver... *(No se miran. Hay una pausa. Comienza a sonar el violín)* ¿Has mandado tú que toquen el violín?

MARY.—No. Porque esta vez debe ser el músico, que toca para él... Pero me gusta. Amor mío, ¿me das tu regalo de despedida? Ahora ya no te lo devolveré... *(El Regente, en silencio, va al mueble, abre un cajón, saca el estuche y se lo da)* Gracias.

(Mary abre el estuche, saca el broche y le hace una raya con la uña)

REGENTE.—¿Qué haces?

MARY.—Una señal, para distinguirlo. Como tengo tres iguales... *(El Regente, suavemente, le quita el broche y se lo prende en el pecho, mientras le mira fijamente)* Vete enseguida. Me voy a echar a llorar y no quiero...

REGENTE.—Yo también estoy llorando. Y no lloraba desde que era niño... *(Se aparta. Va hacia el fondo. Se vuelve y la mira)* Adiós.

MARY.—Adiós, Alteza. Y, ocurra lo que ocurra, aunque no volvamos a vernos más, acuérdate de mí un poco. Recordar es vivir otra vez. Adiós, amor mío. Y gracias. Gracias siempre a Vuestra Alteza Real...

(Él ya ha salido. Ella todavía sigue inclinada en una gran reverencia... Un suave sollozo)

TELÓN



COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE